EL MÉDICO
Y LA HUÉRFANA.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON ISIDORO GIL

Y

DON L. CASTEJON.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.	ACTORES.
La marquesa de Villablanca.	*Doña Gerónima Llorente.*
El baron de la Brianne, *hijo segundo de la marquesa*.	*Don Luis Fabiani.*
Carolina de la Brianne, *su muger*.	*Doña Catalina Bravo.*
Fernando, *nieto de la marquesa*.	*Don Antonio Alverá.*
Mauricio, *médico*.	*Don José García Luna.*
María.	*Doña Teodora Lamadrid.*
Landougué, *guarda-bosque*.	*Don Ignacio Silvostri.*

La escena pasa en una aldea de Francia á sesenta leguas de París.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

ACTO PRIMERO.

El t[illegible] representa el piso bajo de la casa del médico amueblada con sencillez y limpieza. A la derecha del espectador habrá una mesa y una poltrona; á la izquierda otra mesa; una papelera con un armario-botiquin; mas allá la puerta de la cocina, puerta y ventana al foro que figuran dar al campo. En último término de la derecha y hácia el foro una puerta-vidriera que da entrada á un invernáculo. Alacena y aparador al foro.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, *sentada en la mesa de la derecha, figura acabar de escribir una plana.*

Eh! no faltan mas que dos renglones para acabar la plana! Qué bueno es saber escribir, asi... de corrido...! Quién me lo hubiera dicho hace seis semanas, cuando no sabia coger todavía la pluma! Ya se ve! Mi pobre madre bien hubiera querido enseñarme; pero la infeliz no gozó un dia de completa salud desde que yo tuve uso de razon; ademas era preciso que atendiera á buscar trabajo para mantenerla! Oh! pero ahora me he desquitado del tiempo perdido! Bien es verdad que tambien tengo un maestro tan bueno! Pobrecillo! Se pasa las horas enteras mirándome... Toma! algunas veces está tan ensimismado, que tengo que decirle: "Señor Fernando, mirad que han tocado la campana de la Quinta, y la señora marquesa, vuestra abuela, os estará esperando... Si supiese que pasábais el tiempo enseñando á escribir á una pobre muchacha, ama de gobierno del médico del pueblo!" Quién viene? (*Volviéndose y mirando.*) Nadie. El señor Fernando me ha encargado que calle y que no diga á nadie que viene á verme... ni aun al señor Mauricio, mi amo... tiene razon... asi se quedará sorprendido... (*Bajo.*) El mejor dia agarro y cuando es-

720431

té almorzando le leo los periódicos de la cruz á la fecha... No acabará de volver en sí! "Pero qué, María, eres tú la que hace esos garabatos! y sin echar borrones!" (*Se levanta.*) Oh! ahora no me he engañado. Ha entrado alguien... Es la voz de Landougué, el guarda bosque. (*Guarda los papeles en el cajon de la mesa.*)

ESCENA II.

LANDOUGUÉ. MARÍA.

Landougué. Quieto ahí, (*Finge hablar con los perros desde dentro.*) Palomo! Abajo, Leon. Cuidado conmigo! Asi me gusta... angelitos de mi alma...!

Maria. Son vuestros perros, señor Landougué! Ay Dios mio! qué destrozo van á hacer en el corral.

Landougué. No hay miedo, señora María. Son unos animales muy mirados y respetarán á vuestras gallinas... me lo han prometido... y ademas los he atado por si acaso.

Maria. Eso es lo mas seguro... Con que segun veo hoy está de caza el señor marques?

Landougué. Sí señora, tras un jabalí que da gusto, mejorando lo presente. Soberbio animal! Ayer no hizo mas que pasar por cerca de mí y desjarretó dos perros.

Maria. Jesus! (*Asustada.*)

Landougué. (*Aparte.*) (Ya se declaró.) No tengais cuidado, señora María; mi individuo no sufrió el menor detrimento.

María. No, si no era el miedo por vos; era por el marques. Si le hubiese sucedido alguna desgracia!

Landougué. A quién? Al señorito Fernando! Dios nos libre! No hubieran faltado gritos y lágrimas en la Quinta!

María. Es tan bueno, tan amable!

Landougué. Y tan querido por todos los del pais! Como que desde que vino aqui, y eso que apenas tenia quince años, se mostró tan franco y tan llano con todos... jugaba con los mozos, corria tras las mozas... qué sé yo? A propósito, y el señor Mauricio cómo está...? El señor Mauricio el Salvador! Qué buen mote para

médico eh? el Salvador! Y bien lo merece! Qué hombre tan escelente! oh! pero ya puede daros las gracias, señora María, porque sino hubiese sido por vos, estaria en la eternidad.

Maria. Ah! haceis bien en recordarme eso: tengo que regañaros.

Landougué. A mí, por qué?

Maria. Por vuestras habladurías. Siempre que veis al médico os poneis á hacer estremos y admiraciones! "Dios mio! (*Imitándole.*) de qué buena habeis escapado, señor Mauricio...! buena fortuna habeis tenido en que la señora María estuviese á vuestro lado, porque sino hubiese sido por ella... como no teneis un solo pariente."

Landougué. Toma! Si habeis hecho una buena accion, por qué no se ha de decir?

Maria. Y no haceis caso de mis señas, ni os haceis el cargo de lo mucho que le cuesta al pobre señor acordarse de lo que sufrió en su enfermedad!

Landougué. Por cierto que es cosa rara...! de todo se acuerda menos de lo que le pasó mientras estuvo malo... Oh! en cuanto á eso... ni pizca ni media.

Maria. (*Suspirando.*) Pues mirad, señor Landougué, yo me alegraria mucho de que sucediese siempre lo mismo, porque si se acordase no querria verme... como que he sido la causa de todo.

Landougué. Vos?

Maria. (*Bajo.*) A nadie se lo he dicho hasta ahora... pero como estais siempre erre que erre con vuestros elogios, quiero preveniros y...

Landougué. Sí, haceis bien... porque el que no sabe... y ya se ve, es tan facil hacer una barbaridad...

María. Pero me prometeis que callareis en adelante si os lo cuento?

Landougué. Como un muerto.

Maria. (*Señalando á la poltrona.*) Pues sentaos.

Landougué. (*Sentándose.*) Con mucho gusto; eh!

Maria. Pues señor, hará como seis meses vine á este pueblo desde París, á pie y sin mas recurso que una carta que mi pobre madre me entregó al morir para un sugeto que, segun supe despues de mil preguntas é

indagaciones, paraba en este pueblo. Pregunté en muchas casas inútilmente, entré en esta y hallé en ella al señor Mauricio... estaba sentado... ahí... en ese sillon... —"Qué quereis? me dijo... á quién buscais?"—"A un sugeto para el cual traigo una carta de recomendacion... Al señor de Auvray..." Al oir este nombre se demudó todo y se volvió hácia mí trémulo y pálido... —"Auvray...! quién os ha descubierto ese nombre? quién os le ha dicho? Auvray ha muerto!" —

Landougué. Sería algun pobrecillo á quien despacharía al otro barrio... allá... cuando empezó á ejercer.

María. "Ha muerto...! esclamé yo al oirle. Entonces qué va á ser de mí? Habia fundado todas mis esperanzas en esta carta que traía para él!" Y mis ojos se anegaron en lágrimas al enseñársela. —"Tan jóven y desgraciada! pobre muchacha!" esclamó el señor Mauricio cogiendo la carta. En aquel instante sentí como remordimientos de habérsela dejado coger; quise volver á tomarla, pero apenas hubo fijado la vista en el sobre, dió un grito y cayó á mis pies como herido de un rayo.

Landougué. Jesus! (*Se levanta.*)

María. Figuraos mi dolor.... acudí á sostenerle, di gritos... por fortuna, pasaba cerca de aqui á caballo el señor Fernando, y envió un criado á que buscase otro médico de las cercanías, el cual le volvió á la vida... pero en qué estado! Dios mio! todo un mes se llevó delirando! Por último mejoró, fue recobrando la salud poco á poco... pero nó la memoria. Durante su enfermedad lo habia olvidado todo, mi nombre, el suyo, el daño que le habia causado... tan solo se acordaba de una cosa... de que yo era pobre y no tenia amparo alguno en el mundo.

Landougué. Vaya una historia! Pues lo mas estraño es que ninguno del pueblo conoce á ese hombre ni puede dar razon de dónde ha venido... Mi padre me ha contado que se apareció aqui como caido del cielo y hecho un esccehomo, flaco, descolorido... Supo que no habia médico en el pueblo, se fijó en él, y hace veinte años que es el consuelo de la comarca! Pasa el dia de aldea en aldea, cura á los unos, asiste á los otros... y

nunca quiere un cuarto por las visitas; en fin, es un escelente médico, y el mas servicial de los hombres, á pesar de su carácter áspero y desabrido.

María. Si algun infeliz no tiene que trabajar, no para hasta que le proporciona obra.

Landougué. Y como uno le pida un favor, lo primero que hace es negársele redondamente, pero en seguida se le encuentra hecho sin saber cómo ni cuándo. (*Cruzándose de brazos.*) Pero quién habrá tenido valor para hacer daño á un hombre asi, porque todo eso da á entender que ha pasado muchos disgustos...

Maria. Bien seguro.

Landougué. No habeis tratado nunca de averiguar... asi, al trasluz...? (*Haciendo seña como de quien lee una carta al trasluz.*)

Maria. Quitad allá! Será algun secreto.

Landougué. Ya estamos; pero tambien si vuelve á caer esa carta en sus manos por casualidad, puede darle otra vez y...

Maria. Oh! no hay miedo; la tengo escondida. Por eso es por lo que quiero que no le traigais á la memoria la enfermedad... con que ya lo sabeis...?

Landougué. Primero que decir una palabra me dejaria arrancar la lengua!

Maria. Callad... he oido ruido... y creo que es la tordilla que ha entrado en el patio... será él...

Landougué. Pues... precisamente cuando yo queria hablaros de una cosa.

Maria. De qué? De alguna consulta? Vaya, otra vez será. (*Sonriéndose.*)

Landougué. Ay! Qué bonita es! qué alhaja de muger tendria yo en ella!

ESCENA III.

DICHOS. MAURICIO. (*Este desde el foro.*)

Mauricio. Santiago, arropa bien á la tordilla... no vaya á coger una pulmonía.

Maria. Vírgen Santísima! (*Corre á él.*) Venís hecho un rio!

Mauricio. No es nada, hija mia... un bañito de vapor!

Maria. (*Le limpia el sudor.*) Hay conciencia para sofocarse de este modo! De dónde venis?

Mauricio. De paseo. (*Desocupa los bolsillos, que trae llenos de estuches y lanceteros.*)

Maria. De paseo?

Mauricio. Sí: volvia de Epinay (Blas el gordo está fuera de peligro, mañana le purgo), cuando me encontré en el camino con Fernando, el baroncito de Herigny y otros amigos suyos que iban á caza. Ah! (el chico de la Gervasia se presenta muy bien; tiene sarampion) pues como digo, iban de caza metiendo un ruido infernal con sus trompas, perros y látigos. Apenas me vieron empezaron á gritar: "Ah! el doctor! el doctor! va á ser de los nuestros!"

Maria. (*Gritando.*) Vos, sí, ya baja! y qué hubiera dicho de eso la tordilla?

Mauricio. La tordilla tiene muy mala cabeza, hija mia, y á pesar de sus años no ha sabido resistir á la tentacion. No bien oyó el bullicio y la jarana, empezó á hacer tambien sus corbetas.

Landougué. Y os metisteis en la gresca?

Mauricio. Salimos á escape hasta venir á dar con un foso de veinte pies. La tordilla reflexionó que no estaba aquello á sus alcances, y se detuvo de pronto. Sacudió las orejas como diciendo "*estan verdes,*" y conociendo yo lo mismo la hice volver grupa y me despedí de los muchachos gritando: "Ea! divertirse mucho; si os rompeis algun hueso, ya sabeis dónde vivo." Despues de lo cual emprendió la tordilla su paso galano, y aqui me tienes.

Maria. Muy bonito! Cansarse asi! esponerse á una recaida cuando acabais de salir de la convalecencia!

Mauricio. Vamos, gruñe, gruñe cuanto quieras. (*A Landougué.*) Ese es privilegio esclusivo de las amas de curas y médicos, y ademas tiene derecho para regañarme. Me ha cuidado con tanto esmero, con tanto cariño durante la enfermedad...

Landougué. Oh! eso es cierto; la pobrecilla se deshacia á llorar cuando la dijeron que os iba á llevar pateta.

Mauricio. Con que tanto te asusté? (*Cogiéndola la mano.*)

Maria. Oh! sí... sobre todo aquel dia en que dijísteis delirando y tomándoos el pulso: "han acudido muy tarde! ya no hay remedio para el enfermo."

Mauricio. Yo dije eso? (*Admirado.*)

Maria. Por fortuna variásteis de parecer al otro dia... y os recetásteis un sin número de bebidas.

Mauricio. Pero por supuesto que no me harian caso?

Maria. Sí tal; os dimos todo lo que pedísteis.

Mauricio. Todo? Ay Dios mio! Y no reventé? Solo de pensarlo me tiemblan las carnes... Bien que... cuántos compañeros mios recetarán por ese estilo...!

Maria. Vuestro amigo el de Chatillon fue quien mandó que os obedeciésemos; y nos dijo que discurriais mejor delirando, que otros en su cabal juicio.

Mauricio. Pues hija mia, mi compañero era un solemne ganso... porque el diablo me lleve si desde la tal enfermedad me ha quedado la cabeza para pensar en nada... hasta la memoria he perdido, y por mas que quiero recordar la causa de aquel...

Maria. (*De pronto.*) No, no os canseis... os prohibo que penseis en eso.

Mauricio. (*Dándole en la mejilla.*) Bien está, señor médico, bien está... oh! ahora no hay miedo... me siento bueno, cómo con un apetito...

Landougué. Otro tanto me sucede á mí... devoro.

Mauricio. Sí, pero tú eres un Eleogábalo, y el mejor dia vas á tener un sentimiento... Estoy esperando que una mañana vengan á llamarme para que yo te dé de almorzar. (*Señala al botiquin.*)

Landougué. De lo de la botella negra... (*Hace un gesto.*) Gracias, señor Mauricio.

Maria. Eh! Dejaos de eso, ocupaos menos de los otros, y algo mas de vos mismo. Estais en ayunas desde esta mañana... voy á mandar que os hagan una jícara de chocolate.

Mauricio. No, no: quiero almorzar cosa sólida. La cabalgata me ha abierto el apetito. (*Al decir esto ha cogido el brazo de Landougué y le toma el pulso maquinalmente.*)

ESCENA IV.

MAURICIO, LANDOUGUÉ.

Mauricio. Pero oyes...! Si no tienes nada.

Landougué. No por cierto, á Dios gracias.

Mauricio. (*Soltándole y dándole un empujon.*) Y entonces á qué diablos me alargas la mano?

Landougué. Si sois vos el que me la ha cogido.

Mauricio. Bien puede ser...! (*En tono brusco.*) la costumbre...! vamos, qué traías aqui! quieres algo?

Landougué. (*Restregándose la oreja.*) Queria que fueseis padrino de mi primer hijo.

Mauricio. De tu primer hijo! pero hombre, si aun no te has casado...!

Landougué. Pues de eso se trata.

Mauricio. Ah! Con que piensas casarte? Pues señor, cásate... qué quieres que yo te diga?

Landougué. Es que... (*Señala á María, que ha ido á coger una taza á la alacena.*) habeis de saber que la individua con quien yo quiero contraer matrimonio es...

Mauricio. María...? (*Bajo á él.*)

Landougué. La misma.

Mauricio. Oyes, no tienes mal gusto. Pero y á qué vienes á contármelo á mí? ese es asunto vuestro.

Landougué. Toma! Ya lo sé, pero es el caso que yo queria... que... vos os encargárais de hacerla ver las ventajillas... en fin, de hacerla mi elogio... porque no está bien que uno mismo...

Mauricio. Oiga! Y quién me manda á mí meterme en eso? Anda y quítate de delante... no quiero decirla nada. (*A María que viene con la taza.*) Oyes, María... ven acá... di, tienes gana de casarte?

María. Yo, señor Mauricio? nunca he pensado en ello. (*Deja la taza en la mesa.*)

Mauricio. Pues segun parece, Landougué lo ha pensado por tí y por él.

Landougué. Asi, asi. (*Bajo á Mauricio.*)

María. Landougué?

Landougué. Ahora viene bien hablarla de mis cualidades. (*Bajo á Mauricio.*)

Mauricio. Y si te atreves á apechugar con él, aunque es bastante simple y bastante feo...

Landougué. Qué diablos estais diciendo? (*Bajo á él.*)

Mauricio. (*Id.*) Calla, hombre... la estoy convenciendo.

Maria. (*Riéndose.*) Pero qué! hablais de veras? El señor Landougué quiere casarse conmigo?

Mauricio. No, no es cosa de risa, hija mia; las muchachas deben casarse... Landougué es un buen sugeto, que nos quiere mucho, y si no tuviese la mala costumbre de empinar demasiado el codo de cuando en cuando... (*Landougué le hace seña.*) Pero es preciso hacerle justicia... no es muy á menudo... Con que vamos... te encuentras con ánimos?

Maria. Yo qué sé? (*Con sencillez.*)

Mauricio. Pues lo sabré yo. Quieres á algun otro?

Maria. (*De pronto.*) Sí por cierto, os quiero á vos con todo mi corazon.

Mauricio. No lo dudo, hija mia; pero ya ves que yo no tengo edad ni facha de novio. Lo que te pregunto es si estás enamorada de algun otro.

Maria. Me parece que no.

Landougué. Hui! qué gusto! (*Embobado.*)

Mauricio. Mira, quítate tú de ahí, (*Bajo.*) porque si vieras qué cara tan estúpida pones cuando quieres hacerte el amable... (*Landougué sigue mirando á Maria embobado.*) Miren qué cuadro! (*Aparte.*) Eh! qué te parece? te gusta? (*Alto á Maria.*)

Maria. Ay! no señor; pero si vos creeis que debo casarme, y que el señor Landougué me conviene... me casaré, porque lo demas que habeis dicho es verdad... el señor Landougué es un buen sugeto.

Landougué. Qué tal, lo oís?

Mauricio. Sí, hombre, sí; pues vaya, no hay mas que hablar.

Maria. Pero ha de ser con la condicion de que no me he de separar de vos; sino no me caso.

Landougué. Como vos querais: eso se reduce á que vengamos todos á vivir aqui... yo, mi abuela y los perros...

Mauricio. Eso es, todas las fieras: me gusta la llaneza.

Landougué. El señor Mauricio se merece eso y mucho mas.

Mauricio. Sí, hijo, sí.

Landougué. Qué gusto! ya no me falta sino el consentimiento de la señora marquesa.

Mauricio. Calla! pues qué es tu madre?

Landougué. No señor, pero como ya sabeis que lleva las cosas con un rigor... dice que es la señora mas noble del pais, y que por lo mismo debe tenerla todo el mundo consideraciones y respeto... Si no la pidiese el consentimiento era capaz de plantarme en la calle. (*Óyese una trompa de caza á lo lejos.*) Ay Dios mio! Han empezado el ojeo, y yo me estoy aqui mano sobre mano.... Arriba, (*Llama á los perros y coge la escopeta.*) Palomo...! toma, Leon...! Ah! señor Mauricio... (*Vuelve.*) si por casualidad os encontrais con el cura, no dejeis de hablarle de la boda.

Mauricio. Eso es; pues hombre, ya no falta mas sino que me case por tí. Anda con mil diablos.

Landougué. Voy á daros ese gusto. Hasta la vista, hermosa María. (*Vase.*)

Mauricio. Si se habrá figurado que no tengo que pensar mas que en su boda. (*Para sí.*) Que hable al cura...! está fresco! Bien que ahora que me acuerdo voy á pasar cerca de su casa, y... (*María mira por el foro.*) Vamos, María, y el almuerzo? Qué estás mirando ahí?

María. La carretela de la señora marquesa que viene hácia aqui... ah...! es el señor baron y su esposa,

Mauricio. El diablo cargue con ellos! Qué traerán? Qué suplicio son estas gentes que no tienen que hacer mas que venir á fastidiar á los demas!

María. Ya estan aqui.

ESCENA V.

DICHOS. EL BARON, *en trage de campo*, *y* LA BARONESA *muy elegante.*

Baronesa. Bueno. (*A un lacayo.*) Aguardad ahí con el coche. (*Vase el lacayo.*) Buenos dias, doctor.

Baron. Está visto que tiene uno que venir á buscaros. Ya no vais por la Quinta.

Mauricio. Pues qué, hay algun enfermo?

Baron. No, escepto yo que tengo la salud mas fatal...

Baronesa. Con que segun eso, para que os dejeis ver es necesario que esté uno á la muerte? No os habeis dignado venir á comer siquiera un dia con nosotros.

Baron. Ni á jugar una partida de dominó con mi madre.

Mauricio. Toma! No está alli el cura? que se componga con él.

Baron. Ya sabeis que es muy poco amable, y que quiere ganar siempre.

Mauricio. Otro tanto me pasa á mí.

Baronesa. Sí, (*Sonriéndose.*) tambien sois desabrido en demasía; pero me he propuesto haceros sociable y... Calle! aqui está María...? Buenos dias, muchacha.

Maria Servidora vuestra, señora baronesa.

Baronesa. Sabeis, doctor, que teneis aqui una alhaja... es un tesoro.

Mauricio. Si, un tesoro... que no quiere que almuerce hoy... Vamos, hija, ya sabes que tengo que salir... anda á decir á Francisca que despache las chuletas.

Maria. Ay Dios mio! Todavía no está puesta la mesa.

Mauricio. Yo me la arreglaré. (*Ap.*) Con eso puede que se vayan.

ESCENA VI.

MAURICIO. EL BARON. LA BARONESA.

Baronesa. Con que vamos, doctor, es necesario que hoy vayais á comer con nosotros á la Quinta; se lo he prometido á mi madre...

Mauricio. A comer! á comer! (*Entre dientes al paso que va y viene al aparador.*) Cuidado que es mania la de estos señores el tomar por asalto á los curas y médicos de los pueblos. Pues señora, sabed que no puedo, y que no iré.

Baronesa. (*Ap.*) Vendrá. (*Alto.*) Hola! (*Viéndole poner la mesa.*) Con que tambien sabeis poneros la mesa?

Mauricio. Otra que tal...? Como si en el ejército tu-

viese uno ayuda de cámara que le sirviese.

Baronesa. Ah! eso es decir que habeis sido militar?

Baron. No, hija, habrá sido ayudante de ejército: nuestros fisicos mas famosos han empezado asi su carrera... dígalo Larrey, Desgenettes y el pobre Auvray, cuyo paradero he tratado de averiguar tantas veces inútilmente.

Mauricio. Auvray! (*Deja caer un plato en la mesa.*) Auvray habeis dicho?

Baron. Sí; le conocisteis?

Mauricio. No, no! Auvray! (*Serenándose.*) creo que no.

Baron. Bien que no puede ser, porque segun he sabido despues, habrá unos veinte años que ha muerto. Qué lástima! Era un hombre de un talento estraordinario, y á quien Napoleon apreciaba mucho. A él debimos la salvacion de toda una brigada en la peste de Jaffa. Mi hermano mayor, el padre de Fernando, se encontró alli, y...

Mauricio. Vuestro hermano! (*Recordando.*) En Egipto?

Baron. Sí... un cabeza deshecha! Figuraos qué tal niño sería, que cuando empezó la revolucion cambió de nombre para ir á batirse bajo las banderas de la república, en vez de emigrar como los demas nobles.

Mauricio. Hizo bien.

Baron. Sí por cierto; no hice yo ménos... tambien cambié de nombre.

Mauricio. Para alistaros en el ejército?

Baron. No, hombre... para fugarme... Yo siempre he gozado de una salud tan...

Baronesa. Bien, baron, bien... no se trata ahora... despues, despues.

Mauricio. Fernando! (*Consigo mismo.*) Por eso decia yo siempre que le veía... (*Alto.*) Es prodigioso: cómo se parece á su padre!

Baron. Cómo! (*De pronto.*) Es decir que vos habeis conocido á mi hermano!

Baronesa. Luego habeis estado en Egipto?

Mauricio. No.

Baronesa. Sin embargo, lo que acabais de decir..

Mauricio. Pues bueno. (*En tono desabrido.*) Sí señor, qué tenemos? Supongamos que haya estado en Egip-

to... no es uno dueño de haber estado en Egipto? No puede ir todo el mundo á Egipto?

Baron. Eh! por Dios, no hay que alborotarse.

Mauricio. Pero si tambien estais preguntándome... (*Tira el pan sobre la mesa.*) y dale, y torna. (*Con aspereza.*) Señores mios, yo no tengo el tiempo de sobra... se le debo á mis enfermos... por consiguiente, cuando alguno quiere entretenerme, suelo decirle: Me alegraré que no haya novedad; y... hacedme el favor de marcharos.

Baronesa. Ea, ea: ya se enfada el huron... y eso que hoy estaba tan amable! Vamos, si quereis que hagamos las paces habeis de venir á comer con nosotros.

Mauricio. (*Sigue poniendo la mesa.*) Pero señor, habrá empeño igual.

Baronesa. Necesitamos que nos acompañeis para ayudarnos á echar una reprimenda á Fernando, á vuestro predilecto. Es el único con quien no gruñís.

Mauricio. Porque es el mejor... no viene á fastidiarme con visitas.

Baronesa. Gracias.

Mauricio. No lo digo esto por vos, señora.

Baronesa. Entonces os debe de estar muy agradecido el baron.

Mauricio. Tampoco ha sido por el baron.—Pues sí señora, quiero á vuestro sobrino, porque es un jóven franco y caballeroso: porque tiene (*Señala al corazon.*) esto... Yo no sé si me entendereis, pero tiene esto.

Baron. Toma, si os entiendo! Quereis decir... que tiene... esto. (*Idem.*)

Baronesa. Sí, es un escelente muchacho... pero estoy muy quejosa de él... Queremos casarle con la hija de los de Ablancaiy... cien mil ducados de renta...! la casa mas rica de la provincia. La abuela está deseando que se efectúe la boda, pero mi sobrino parece que no está muy dispuesto á darla ese gusto.

Mauricio. Como que la hija de los Ablancaiy no tiene nada de bonita.

Baron. Y sí mucho de fea.

Baronesa. Sí, es muy fea; pero eso no es una razon

para... no me he casado yo con vos? (*Al baron.*)

Baron. Eh?

Mauricio. Ademas, tal vez habrá en campaña algun otro amorcillo... como que está en la edad...

Baronesa. Amores! ojalá! Con eso me los contaria y pasariamos el rato. Yo no soy huraña. Si me dijese... Tiita... hum? Le contestaria, bueno, hijo mio, diviértete... ni el baron ni la abuela sabrán nada... porque los muchachos...

Baron. Hum...! (*Menea la cabeza.*) Los muchachos...

Baronesa. Oh! Lo que es vos estoy segura de que habreis sido buena pieza allá en vuestros tiempos. Pero Dios os libre que yo descubra algo... (*Al doctor.*) Con que está dicho, hasta las seis.

Mauricio. (*Impaciente.*) Pero señora, os repito por la centésima vez que no puedo, que no salgo de casa mas que para visitar á mis enfermos.

Baronesa. Razon en pro. Ahí teneis uno que se quedará aqui, para obligaros á ir...

Mauricio. (*Se deja caer en una silla.*) Vamos, es cosa de darle á uno un tabardillo.

Baronesa. Con que hasta luego: voy á convidar á los de Ablancaiy... Baron, me llevo la carretela.

Baron. Oyes, y yo, prenda mia?

Baronesa. Ireis á pie.

Baron. Media legua!

Baronesa. El paseo os hará provecho. Vaya, hasta despues, doctor, y cuidado con ser puntual. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL BARON. MAURICIO. *Poco despues* MARÍA.

Mauricio. (*Aparte.*) Bravo! eso es: me deja solo con este emplasto!

Baron. (*Acercándose.*) Si os he de decir verdad, no me pesa que mi muger se haya marchado.

Mauricio. Teneis alguna otra cosa que decirme? (*Llama.*) Maria, y esas chuletas! (*Al baron.*) Me permitireis que almuerce, y asi os escucharé con mas comodidad.

Baron. Ciertamente... Habeis de saber que es cosa grave... mi sobrino me tiene con mucho cuidado.

María. (*Sale con el almuerzo.*) El señor Fernando? Ay! qué tiene? está malo?

Mauricio. Y qué te metes tú en eso? (*Se sienta á la mesa.*) te importa algo? Deja ahí el almuerzo y vé á decir á Santiago que disponga la tartana; tengo que salir, entiendes?

María. Bien está: (*Ap.*) Pobre señor Fernando! Por eso no habrá venido á darme la leccion. Dios mio! cómo averiguaria yo... (*Se acerca al baron.*)

Mauricio. Vamos, no has oido, María?

María. Sí señor, sí... (*Ap.*) Voy á estar en acecho hasta que vea á alguno de la Quinta. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MAURICIO, *almorzando.* EL BARON.

Baron. Pues como decia, doctor, no me pesa que mi muger...

Mauricio. Vais á hacerme alguna consulta?

Baron. Oh! sí, porque antes de todo es la salud... y la mia es tan fatal... nadie quiere hacer caso... La marquesa no sueña mas que con su nieto... Y yo paso mis dias sin que ninguno repare en mi estado... estoy seguro de que hace años que padezco alguna enfermedad interna.

Mauricio. Qué es lo que os duele? La cabeza... las piernas... habeis perdido el sueño?

Baron. No: todo eso está tal cual, gracias á Dios! Son ciertas sacudidas internas... un abatimiento... una flojedad...

Mauricio. Habeis almorzado?

Baron. Sí; esta mañana tomé una taza de flor de malvas.

Mauricio. Una taza de flor de malvas!

Baron. Es mi desayuno diario! oh! no pongo el pie fuera de casa sin haberla tomado: con eso paso hasta las seis de la tarde.

Mauricio. (*Levantándose.*) Y podeis teneros en pie! (*Enfadado.*) Rabia da! Eh! (*Le hace sentar y le presenta una chuleta.*) Sentaos aqui y tomad una chuleta.

Baron. Una chuleta! yo!

Mauricio. Tres me comia yo no hace mucho tiempo.

Baron. (*Mirándolas.*) Verdad es que tienen una cara... Doctor, me vais á hacer que cometa algun desacierto? Si supiera yo que atracándome bien se declaraba de una vez la enfermedad...

Mauricio. Yo respondo de las consecuencias. Ea, vamos, comed con mil de á caballo. Me estais dando grima.

Baron. (*Come.*) Pues señor, á vuestro cargo va. Qué tierna está! Venga pan.

Mauricio. Ahí teneis.

Baron. Sal.

Mauricio. Delante de vos. (*Le echa de beber.*) Ahora un traguito de vino puro.

Baron. Oh! estos médicos...! (*Bebe.*)

Mauricio. Qué tal? Esto es algo mejor que las malvas, eh?

Baron. Hum! (*Bebe otra vez.*) En fin, ya que he empezado... Pues como iba diciendo, señor Mauricio, habeis tenido un gran acierto en la causa de la tristeza de Fernando. (*Bajo.*)

Mauricio. Amores, eh?

Baron. Sí, pero unos amores que le han vuelto la cabeza... una pasion desordenada, capaz de poner en compromiso su ilustre nombre, el honor de su familia. Lo he averiguado todo!

Mauricio. Ba!

Baron. Escepto el nombre de la bella, el cual no he podido indagar...

Mauricio. Entonces no sabeis nada.

Baron. Poco á poco... tengo datos... se trata de hacer un rapto.

Mauricio. Un rapto! Y cómo lo habeis descubierto?

Baron. Vamos por partes: Yo tengo cierta costumbre, y es la siguiente. Despues de comer me arrellano en mi sillon y finjo que duermo; tambien suelo dormir en realidad... pero oigo perfectamente todo cuanto se dice á mi alrededor: es un privilegio esclusivo... una facultad de que me ha dotado la naturaleza. Ahora bien, antes de ayer se pusieron á hablar bajo, cerca de la chimenea, mi sobrino y el tronera de Herigny. Herigny le decia á Fernando: "Chico, eso no

tiene sentido comun. Lo que debe hacerse es robar á la muchacha, irse á pasar con ella un mes en Italia, y asunto concluido."

Mauricio. Y qué?

Baron. Y qué?

Mauricio. Eso puede significar que Herigny era el que queria robar á la muchacha, y que vuestro sobrino se oponia á ello.

Baron. Ta, ta, ta, ta... Ya veo yo, doctor, que vos no entendeis palabra en la materia... yo que he sido bastante loco...

Mauricio. Vos?

Baron. (*Mira hácia atras.*) Cuidado no lo oiga mi muger! Pues sí, he sido bastante loco, mas que bastante.

Mauricio. Quién lo habia de decir? Lo que somos!

Baron. Cuando yo os lo digo, señal de que tengo datos. (*Bajo.*) He sondeado con maña al criado de Fernando y he sabido... que todos los dias va á caza.

Mauricio. Gran descubrimiento!

Baron. Pero es un pretesto de que se vale, porque todo lo mas que está cazando es una hora, y en seguida se va de incógnito á casa de la bella.

Mauricio. De veras? todo es cazar.

ESCENA IX.

DICHOS. FERNANDO *aparece en el foro y se pára al entrar.*

Fernando. Cielos! mi tio y el médico! (*Aparte.*)

Baron. Con que... ya os podeis figurar; escoge la hora en que no está en casa el tutor, padre ó hermano de la muchacha, se introduce furtivamente, se esconde, y la pobre oveja está á pique de caer entre las uñas del lobo. (*Fernando escucha y se va con el mayor sigilo.*)

Mauricio. Pero si no conoceis á la muchacha, cómo...?

Baron. Oh! sigo la pista. Él viene á cazar todos los dias al soto de Morangy... quién es una jóven que ha alquilado hará tres meses la casita que se halla al estremo del parque?

Mauricio. Una señora desconocida. Creo que ha de ser bailarina ó cantatriz... hace quince dias que me llamaron para visitar á una doncella suya que padecia una gastro enteritis.

Baron. Una bailarina... bonita?

Mauricio. Tal cual; rubia.

Baron. Pues claro está: ella es!

Mauricio. Nada de eso; si ha venido aqui á tomar los aires y...

Baron. Ba, ba! Sois muy cándido, doctor; os digo que es ella, hay connivencia, y si yo pudiese sorprenderlos... Vais mucho á Morangy?

Mauricio. Casi todos los dias... (*Se levanta.*) justamente tengo que ir ahora mismo á ver á Gervasio... un caso muy raro, una paralisis del lado izquierdo.

Baron. Ireis en tartana, eh? pues me dejareis un asiento.

Mauricio. Os prevengo que tiene un movimiento detestable, y os va á sentar mal el almuerzo.

Baron. (*Se levanta.*) No importa, quiero desembrollar este enredo... Cáspita! Comprometer el honor de la familia...! me llevareis hasta las tapias del parque.

Mauricio. Os llevaré hasta el infierno si quereis... María? (*Llama.*)

Baron. Una bailarina! No sería malo que...

Mauricio. Que desbancáseis á vuestro sobrino, no es verdad?

Baron. Oh! hombre, si el honor de la familia lo exigiese... Cuidado no lo oiga mi muger. (*Mirando atras.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Habrá viejo fátuo! María? (*Llama.*)

ESCENA X.

DICHOS. MARÍA.

Maria. (*Aparte.*) No viene.

Mauricio. Hiciste lo de la tartana?

Maria. Ya está enganchada, y en la puerta de la huerta.

Mauricio. Dame el sombrero y los guantes.

Maria. Decid, señor Mauricio, (*A media voz al tiempo de dárselos.*) qué es lo que tiene el señor Fernando?

Mauricio. Hum! Curiosilla! Qué tiene? (*Bajo.*) está enamorado.

Maria. Enamorado?

Mauricio. Hola! eso te da risa porque piensas en Landougué?

Maria. Yo! oh! ni por soñacion.

Mauricio. Ladina! Ya lo arreglaré yo de modo que se corran pronto las amonestaciones. Vamos, señor baron, que está esperando mi landó... (*Con ironía.*) Ya vereis qué movimiento tan suave...!

Baron. Allá voy, doctor. (*Acaba de beber.*)

Mauricio. Ea, echar á andar.

Baron. Vamos: á Dios, María.

Maria. Id con Dios, señor baron.

ESCENA XI.

MARÍA. *Poco despues* FERNANDO.

Maria. No tardeis mucho, señor Mauricio. (*Para sí.*) Vamos, está visto que hoy no viene. (*Sale Fernando por el foro.*)

Fernando. (*Aparte.*) Ya se fueron! Mi tio sospecha algo... Creo que lo mejor que puedo hacer es seguir los consejos de Herigny: no tengo valor para resolverme.

Maria. Enamorado...! (*En el proscenio.*) Eso no debia impedirle el venir á darme leccion... hace mal en descuidar asi mi educacion. (*Se vuelve y se halla con él.*) Ah! Cómo! estábais aqui, señor Fernando?

Fernando. Llego en este momento, hermosa María.

Maria. (*Conmovida.*) Cuidado que es raro que yo... no os haya visto... he estado acechando toda la mañana. Vais á poneros muy contento, me he aplicado mucho... ya vereis...

Fernando. Oh! no lo dudo, pero ahora no puedo... tengo la cabeza demasiado ocupada con otro asunto.

Maria. Oh! sí, ahora son otras cosas las que os ocupan.

Fernando. Qué quieres decir con eso?

Maria. Ah! ah! (*Con malicia y sencillez á un tiempo.*) Tengo ciertas noticias... Con que estais enamorado, señor Fernando! (*Bajo.*)

Fernando. Enamorado! yo...! Quién te ha dicho...?

Maria. No tengais miedo que se lo cuente á nadie, no os enfadeis; os lo he dicho para que veais que sé vuestras cosillas; si estais enamorado será de alguna persona que os quiera; pero por mucho que os ame nunca será bastante para haceros tan feliz como mereceis.

Fernando. (*Ap.*) Pobre María! no sabe nada. (*Alto.*) Pues, sí, es verdad, estoy enamorado.

Maria. Lo veis!

Fernando. Pero me has de guardar secreto.

Maria. Yo lo creo, una cosa asi... Y decid, es bonita...? Vaya una pregunta! debe ser muy bonita... sois marques...!

Fernando. Sí, es bonita, sin estar envanecida por ello, y esa es la menor de sus cualidades. (*Animándose por grados.*) Figúrate la sencillez misma, un tesoro de bondad y de inocencia, que hace bien por instinto, y sin pensar que haya ningun mérito en ello.

Maria. Qué contenta estaria si os oyese!

Fernando. Cada dia me da alguna nueva prueba de su buen corazon. (*Cambia de tono.*) Sabes, María, que esta mañana estuvo Magdalena en casa á llevarme los pañuelos que la di á bordar, y me ha confesado que los ha bordado otra...

Maria. Cómo? os ha dicho...? (*Baja los ojos.*)

Fernando. Sí, me ha dicho que ha estado postrada muchos dias en cama, y que mientras tú ibas á hacerla compañía por la noche, has acabado la labor que ella habia empezado.

Maria. Estaba en el orden: la pobrecilla se hallaba en cama sin tener que dar de comer á sus hijos... y como yo sabia que corrian prisa los pañuelos, porque queriais regalárselos á vuestra abuelita...

Fernando. (*Conmovido.*) Es verdad, pero he mudado de pensamiento; me ha gustado mucho el dibujo, y me quedo con ellos.

Maria. Tanto mejor; asi la mandareis hacer otros á la pobre muger. Yo me encargo de bordaros despues unos muy bonitos... oh! pero han de ser muy bonitos... ya sabeis... para cuando os caseis...

Fernando. Para cuando me case!

Maria Ay Dios mio! Os he afligido con lo que he dicho?

Fernando. (*Con desconsuelo.*) Ah! Tú no puedes saber lo que por mí pasa. Escucha, la amo... la amo como un frenético, y me volvería loco si tuviese que renunciar á ella. Lo que me aflige es que nadie querrá comprenderme... Ese mundo estúpido... mi familia, mis amigos, todos me criticarán, reprobarán mi eleccion... Ah! no me queda mas que un medio para librarme de este martirio... sí, huiré lejos, me marcharé...!

Maria. Vos, señor Fernando...? (*Temerosa.*) Oh! no digais eso.

Fernando. (*Con calma.*) Y sin embargo, podriamos ser tan dichosos si ella quisiese! Solo de ella pende que...

Maria. Pues bueno. (*De pronto.*) La conozco yo? Iré á buscarla, la diré cuán bueno sois, cuánto os queremos todos...! y ella os querrá tambien. Pero no os marcheis! Dios mio! Qué sería de nosotros? Lo que es yo os aseguro que habia de ser muy desgraciada!

Fernando. (*Alegre.*) Será cierto? Ah! no me engaño. (*Viéndola llorosa.*) Pues bien, María, no quiero ocultártelo por mas tiempo, yo...

Landougué. (*Dentro.*) No señor, eso no puede quedar asi.

Fernando. Quién viene?

Maria. Es Landougué! (*Con disgusto.*) Qué fastidio! (*Aparte.*) Iba á decirme cómo se llama...

ESCENA XII.

DICHOS. LANDOUGUÉ *viene corriendo.*

Landougué. Ah! estais aqui, señor marques! Cuánto me alegro! Iba á buscaros á la Quinta.

Fernando. Pues qué hay? qué me quieres?

Landougué. Lo que hay es que teneis que vengar el honor de vuestra casa ultrajado en mi persona.

Fernando. Cómo?

Landougué. Voy al caso: he ido á buscaros allá bajo, y no os he encontrado por una razon muy sencilla, porque no estabais... pero en cambio me dí de hocicos con vuestros amigos el señor de Holbak, el baron de Herigny y todos los demas, los cuales se me echaron á reir en mis barbas... pero con qué carcajadas...!

Maria. Y por qué?

Landougué. Eso dije yo ni mas ni menos. El que reía con mas gana era el baron de Herigny... "Ja, ja, ja! Hola! buen Landougué, con que dejas cazar en tus dominios?" — Cómo! respondí: habeis pillado á alguno infraganti? "Sí, sí, yo sé de uno que te roba la caza delante de tus propios ojos."

Fernando. (*Aparte.*) Imprudente!

Landougué. "Sí, eh? pues como yo le coja, contesté, haré que le formen causa." Nunca lo hubiera dicho; apenas oyeron lo de la causa, empezaron á reir mas fuerte que antes, y á cuchichear entre sí, hasta que por fin logré entender que hablaban de la señora María.

Maria. De mí?

Landougué. Entonces sospeché lo que era...

Fernando. El qué?

Landougué. Que el ladron es el baroncito de Herigny.

Maria. Si jamas me ha hablado.

Landougué. No importa. Hace ya tiempo que me tienen harto sus vigotillos negros y su cigarro sempiterno...! Pues le aconsejo que no se ande en juegos, porque si llego á encontrarle en un renuncio al lado de mi muger, le dejo tieso como un conejo.

Fernando. Tu muger? (*Estrañándolo.*) Qué muger?

Landougué. Toma! pues qué no sabeis una gran noticia, señor marques? No le habeis dado parte? (*A Maria.*)

Maria. No, se me habia olvidado.

Landougué. Va á ser mi muger, señor marques... me caso con ella... Haced la reverencia; (*A María.*) ya nos han dado el consentimiento.

Fernando. Es cierto lo que oigo, María?

Maria. El señor Mauricio me ha dicho que era preciso que me casara, y que Landougué me convenia. (*Bajo.*)

Pero si os sabe mal, no teneis mas que decírmelo, y no me casaré, señor Fernando... á mí lo mismo me da.

Fernando. Basta. (*Entre sí.*) No hay tiempo que perder. (*Corre á la mesa de la derecha.*)

Landougué. Qué tal? (*A María, bajo.*) Ya sabia yo que no habia de quedar la cosa asi en cuanto se lo dijera.

Fernando. Voy á escribir dos palabras á Herigny. (*Se sienta.*)

Landougué. Eso, eso: decidle que es indecoroso el querer quitarme la novia.

Fernando. (*Aparte.*) Dejádmela arrebatar! (*Escribe.*) y por quién!

Landougué. Que vos no podeis consentir una tropelía como esa... hola! (*A María, bajo.*) Es capaz de batirse con él... oh! yo en su lugar me batiria.

María. Batirse! oh! no.

Landougué. Hum...! No, pues él no se va sin que el marques le diga cuántas son cinco. (*Hablan bajo.*)

Fernando. Estoy decidido. (*Escribe, y lee lo que va escribiendo.*) "Envíame tu berlina de viaje, y tu mejor par de caballos...! Que aguarden á la entrada del bosquecillo que está detras del pueblo. Entretén á Landougué con cualquier pretesto. Te escribiré desde Milan." (*Cierra la carta.*)

Landougué. Eh! Ahora ya no se me da un pito de lo que diga el tal baron.

Fernando. A la casa de campo de Herigny. (*Le entrega la carta.*)

Landougué. Venga.

Fernando. Se la entregarás tú mismo y en propia mano.

Landougué. Oh! podeis quedaros tranquilo! Estoy rabiando por ver qué cara pone.

Fernando. No vuelvas sin la respuesta.

Landougué. De alli no me meneo aunque tenga que esperar hasta el juicio final! (*A María.*) Lo que hace el servir á buenos amos! (*Vase.*)

ESCENA XIII.

FERNANDO. MARÍA.

Maria. Estais muy agitado!

Fernando. Sí, pero es de alegría... María, ahora mi felicidad, mi vida, todo depende de tí; si es cierto que te interesas por mí...

Maria. Podeis dudarlo!

Fernando. Pues bien: escucha. Tengo que hablarte mucho... espérame dentro de una hora á la orilla del estanque que está cerca del bosque.

Maria. A la orilla del estanque! pero no será para batiros?

Fernando. No, no temas. Irás, no es verdad? Confio en tu amistad... Me va en ello la vida.

Maria. Entonces no faltaré.

Fernando. Sobre todo, silencio.

Maria. Si lo exigís... pero el señor Mauricio me acompañará, y bien puede saberlo.

Fernando. Oh! no. Él menos que nadie: solo he de decirlo á tí sola.

Mauricio. (*Dentro.*) María! María!

Fernando. Él es!

Maria. Ya ha bajado de la tartana.

Fernando. Date prisa: no quiero que me vea. Dentro de una hora, á la orilla del estanque.

Maria. Sí, dentro de una hora. (*Vase.*)

Fernando. Corro á la Quinta: inventaré cualquier aventura para engañar á mi abuela. Cielos! ya está aqui. (*Va á salir, y llega Mauricio.*) Me es imposible salir sin que me vea. (*Corre á la puerta del foro.*) Ah! este invernáculo que tiene abandonado desde su enfermedad! A estas horas nunca se detiene en casa. (*Se esconde.*)

ESCENA XIV.

MAURICIO. MARÍA. FERNANDO, *oculto.*

Mauricio. Digo que tenemos una cabeza de chorlito.

Maria. Pero por qué? (*Aparte.*) Ya se marchó.

Mauricio. Nos hemos olvidado de lo principal: despues que vi á Gervasio, que ya está mucho mejor, y que dejé al baron enfrascado con la narracion de sus aventuras, me pasé por casa del cura para arreglar lo de tu boda... las amonestaciones.

Maria. Mi boda! toma! tiempo hay.

Mauricio. Tiempo hay, tiempo hay... estas chiquillas son todas por el mismo estilo. Pues ya digo, el cura, que es hombre que lo entiende, luego que se hubo enterado de lo que queria, me pidió tus papeles, y como yo no los llevaba me quedé con tanta boca abierta.

Maria. Mis papeles!

Mauricio. Sí, hija mia; para casarse es indispensable tener los papeles corrientes: he prometido enviárselos al instante; con que anda, sácalos, y tráelos aqui.

Maria. Mis papeles...! (*Aparte.*) No habia pensado en ello: estan guardados con aquella fatal carta cuya lectura por poco le cuesta la vida, y si la volviese á ver...

Mauricio. Vamos, despacha: dónde los has puesto?

Maria. (*Turbada.*) Yo! Señor Mauricio... no sé... no me acuerdo...

Mauricio. Buena es esa... oh! puede que me los hayas dado á mí para que te los guarde, y como tengo esta cabeza tan infeliz... voy á ver...

Maria. (*Le detiene.*) No, no vayais; ahora me acuerdo que no trage ninguno.

Mauricio. No tragiste ningun papel? disparate! Si cuando te presentaste por primera vez en esta casa, los traías en la mano... yo estaba sentado ahí.

Maria. (*Aparte.*) Dios mio! ya vuelve á acordarse.

Mauricio. (*Yendo á la papelera.*) Estoy seguro que andarán por algun rincon.

Maria. Eh! pues no! no quiero que los veais. (*Se pone delante de la papelera.*)

Mauricio. Bonito recurso! Ahora sí que apuesto á que estan ahí dentro.

Maria. Prefiero no casarme!

Mauricio. Para que no sepan cuántos años tienes? Con que quieres andar haciendo la coqueta con las gentes

de iglesia? Quita, tontuela! (*La desvia y abre la papelera.*)

Maria. (*Turbada.*) Señor Mauricio! por Dios...! prefiero decíroslo todo. Mirad que entre esos papeles hay una carta.

Mauricio. Para mí? De algun enfermo, eh? Pues si ha estado esperando el pobre diablo! No vuelvas á tener esos descuidos! (*Abre un cajon.*) Ah! hételos aqui. No te lo decia yo? Si estaban en este cajoncillo que tiene secretos. Lo ves? La fé de bautismo... la carta que decias... (*Mira el sobre y da un grito.*) Ah...! esta letra...! es suya... al cabo de veinte años...!

Maria. No la abrais, señor Mauricio, no la leais.

Mauricio. Por qué? quiero saber... (*Trémulo.*) Enriqueta...! Infame! Atreverse á escribirme...!

Maria. (*Aparte.*) Qué dice! (*Alto.*) Pero que teneis?

Mauricio. Te admiras de verme trémulo, convulso; pobre María! ah! es que tú no sabes que bajo este esteterior áspero y desabrido se oculta un alma débil y sensible... un alma de niño... que no ha tenido fuerza bastante para resistir el primer choque que sufrió en la vida: (*Se esfuerza y abre la carta.*) oh! pero en esta ocasion sabré tener valor y entereza...

Maria. (*Aparte.*) Qué haría yo, Dios mio!

Mauricio. (*Lee.*) "La que os entregará esta carta es una infeliz huérfana, es mi pobre hija..." (*Colérico.*) Su hija! su hija, tú, desventurada...!

Maria. (*Aterrada.*) Señor Mauricio!

Mauricio. (*Fuera de si.*) Su hija en mi casa! oh! todos me engañaban vilmente!

Maria. Dios mio!

Mauricio. Vete, vete, no quiero verte.

Maria. (*Juntas las manos.*) Por piedad!

Mauricio. Piedad! Sabes lo que debo á tu madre? (*Cogiéndola del brazo.*) La desdicha, la desesperacion, la amargura de toda mi vida. La amaba como se ama al Señor. Los dos eramos jóvenes, pobres... y yo queria merecer la mano de tu madre... Un dia la dije: "Enriqueta, voy á separarme de tí, voy á arrostrar todos los peligros hasta procurarme un bien estar: entonces volveré á ofrecértele." Porque esa era mi

ambicion, mi sueño, mi esperanza... tener riquezas para dárselas á ella. En fin, adquirí esas riquezas, y cuando volví gozoso y lleno de júbilo... habia desaparecido... durante mi ausencia... un miserable la habia seducido! oh! entonces, huí de las grandes ciudades, de los hombres... quise pasar por muerto para todos.— Y cuando vivo ignorado y solo por causa de los tuyos, habia de permitirte, á tí, hija de la infamia y del perjurio, que vinieses á emponzoñar mis últimos dias... no... no...!

Maria. Señor Mauricio!

Mauricio. (*Iracundo.*) Vete! Aléjate de aqui.

Maria. (*Con el mayor abatimiento.*) Y dónde quereis que yo vaya?

Mauricio. Donde quieras.

Maria. (*Con dolor.*) Pero dónde?

Mauricio. Con tu madre.

Maria. Infeliz de mí! Ha muerto. (*Cae de rodillas.*)

(*Pausa.*)

Mauricio. Ha muerto! ha muerto! (*Con voz ahogada y buscando una silla, en la cual se apoya.*)

Maria. Ah señor!

Mauricio. No te acerques. No me toques! (*La rechaza.*) no tengo nada. (*Procura esforzarse, pero cae de nuevo agoviado y se queda un momento con el rostro oculto entre las manos. Prorumpe en llanto, y continúa con voz llorosa y entrecortada.*) Es decir, que... esa carta... Enriqueta...!

Maria. (*De rodillas todavia y con voz temblorosa.*) Estaba moribunda cuando la escribió. Yo la sostuve para escribirla, y sus lágrimas y las mias bañaban su pálida mano. "Es tu último y único apoyo, me dijo... pero si se niega á leer esta carta, si se irrita con mi recuerdo, entonces ruega á Dios que se compadezca de tí, hija mia; porque quedas sola y sin amparo en el mundo." (*Al paso que Maria dice esto, Mauricio abre maquinalmente la carta, y despues de una corta pausa lee con voz débil.*)

Mauricio. "La que os entregará esta carta es una infeliz huérfana, es mi pobre hija. El cielo ha tomado á su cargo vuestra venganza. Hace diez y ocho años que

fuí inicuamente abandonada por el que debia protegerme." (*Para sí.*) Infame! "Solo Dios sabe lo que yo he sufrido. Me hàllo en la hora de la muerte, y ni aun podré descansar en la otra vida porque muero sin saber lo que será de mi pobre María! A vos, á quien tanto he ofendido, Mauricio... á vos es sin embargo á quien me atrevo á dirigirla con mas confianza: conozco vuestro noble corazon, y si llegá á encontraros, y os pide amparo, moriré tranquila, porque la hija de Enriqueta se habrá salvado." (*Deja caer la carta sobre la mesa. Maria continúa de rodillas sin hablar. Levántase Mauricio, va á ella, la alza del suelo apartando la cabeza, y en seguida la mira sin poderse contener, la abraza desecho en llanto, y con voz ahogada la dice.*) "María, no te vayas... Serás mi hija."

Maria. Ah! (*Se levanta, y arrojándose en sus brazos da un grito de alegria.*)

Mauricio. Sí, mi hija querida... no ha de decirse que he desatendido la última súplica de la pobre Enriqueta. (*Fernando aparece.*)

Fernando. (*Aparte.*) Hé aqui la suerte que yo la reservaba... Ah! no: nunca, aunque me costase la vida.

Mauricio. Vamos, serénate.

Maria. Sí, sí, (*Contenta.*) ya estoy contenta... ya no me echareis de vuestra casa, no es verdad? Viviré siempre con vos?

Mauricio. Siempre! Sí, hija mia, buscaremos á tu padre; (*Mira los papeles.*) aqui habrá cartas suyas sin duda. Mira, lo ves? (*Lee un sobre.*) "*El Caballero de Faberolles.*" Faberolles! no le conozco: le buscaré... le echaré en cara su vil proceder... ó si no, mira, no le buscaremos, sabe Dios que temería encontrarle. No necesitamos de él para ser dichosos... y mas adelante, cuando estés serena, hablaremos de ella... de tu madre...

Maria. Os contaré sus pesares.

Mauricio. Con que ha sufrido tanto!

Maria. Oh! sí.

Mauricio. Y estaba sola?

Maria. Conmigo.

Mauricio. Y el otro? Ah! por qué no me hallaba yo alli, tal vez la hubiera salvado.

Maria. Vamos, no lloreis, señor Mauricio.

Mauricio. Bien te lo decia yo, María, este recuerdo... es preciso no hablar ya de ello hasta que estemos mas serenos. Mudemos de conversacion... hablemos de alguna cosa alegre... de tu casamiento... No llores, vamos... no ves que estás despedazando el corazon del pobre Mauricio, que es ya tan viejo... Sonríete, vamos.

Maria. Sí, sí, señor Mauricio. (*Entre risueña y llorosa.*)

Mauricio. Vamos... asi me gusta; ven á mis brazos, y no pensemos mas que en ser dichosos.

Landougué. (*Dentro.*) Seguidme, seguidme. (*Fernando cierra la puerta.*)

Mauricio. Qué gritos son esos?

Maria. Es la voz de Landougué.

ESCENA XV.

DICHOS. LANDOUGUÉ, *acompañado de otros guardas y aldeanos.*

Landougué. Oh! Es una picardía! No os separeis de la casa, chicos; habrá mayor infamia! (*Corriendo hácia Mauricio y Maria.*) Ah! aun estais aqui, señor Mauricio... y vos tambien, señora María? A Dios gracias llego aun á tiempo.

Maria. Pues qué hay?

Landougué. Miserable...! no, no, antes de todo es preciso que yo mate á alguno.

Mauricio. No mates á nadie, y esplícate.

Landougué. Es una atrocidad. (*Habla alternativamente con Mauricio y con Maria.*) El baron de Herigny... ya sabeis aquella carta que el señor marques me entregó para él...?

Maria. Bueno, acabad.

Landougué. Pues señor, se la entregué en propia mano: "voy á darte la respuesta," me contestó. En seguida me vuelve la espalda, y qué hace...? me encierra con llave en el cuarto... Bravo! dije yo al verlo... me ha cogido en la ratonera... este va á jugarme alguna mala

partida... Por consiguiente me abalanzo á la ventana, salto por ella, y echo á correr para venir á estorbarle que me robe mi muger...!

Mauricio. Robarla! á quién? á María?

Maria. A mí?

Landougué. Pues se entiende. Y qué direis que me encontré á la entrada del bosquecillo cuando venia corriendo? Una berlina con las armas del baron, dos caballos, y un lacayo que se me puso á mirar de reojo... La tenian escondidita detras de los árboles que estan á la orilla del estanque.

Maria. A la orilla del estanque?

Mauricio. Con que es cierto? Querian arrebatármela! (*Avercándola á sí.*) robármela como á su madre! Pobre María! Es decir que quieren quitarme hasta mi último consuelo... (*A Landougué y á los otros.*) Seguidme: apelaré á los tribunales si es preciso... venid, venid.

Todos. Sí, sí, vamos.

(*Le quieren seguir todos. Durante el final de esta escena habrá salido Fernando del invernáculo con toda precaucion, y al irse los aldeanos se presenta á ellos como si viniera de fuera.*)

ESCENA XVI.

DICHOS. FERNANDO.

Landougué. Ah! el señor marques...!

Fernando. Dónde vais tan precipitadamente?

Mauricio. A castigar á un seductor.

Landougué. A quitar al baron de Herigny las ganas de robar á María.

Fernando. Al baron?

Landougué. Sí señor; tiene escondido un coche á dos pasos de aqui.

Fernando. Lo sé. (*Alterado.*)

Mauricio. Sabiais...?

Fernando. Sí, sabia quien tenia proyectos que hubieran comprometido la tranquilidad y el honor de María. He visto al culpable, le he hablado, y ha renunciado á ellos. Nada teneis que temer ya; os lo juro bajo palabra.

Mauricio. (*Acercándose y dándole la mano.*) Habeis hecho una buena accion, Fernando. Pero qué teneis? estais demudado.

Maria. Estais malo?

Fernando. No, no, no tengo nada. (*Se esfuerza para presentarse risueño.*) Mi palidez será efecto de la fatiga de la caza. Hasta la vista, Mauricio: á Dios, amigos mios: María, quedad tranquila.

Maria. Y he de ir todavía al estanque? (*Bajo á él.*)

Fernando. No, ya es inútil... tengo que ausentarme hoy mismo de este pueblo.

Maria. Hoy mismo?

Fernando. Sí, en el acto.

Maria. Y cuándo nos volveremos á ver?

Fernando. Nunca.

Maria. Nunca! oh Dios mio!

(*Quédase aterrada y se apoya en una silla: llévase en seguida la mano á la frente, como herida de un rayo de luz que le hace sospechar lo que siente hácia Fernando. Este se dirige al foro despidiéndose de Mauricio, á quien da la mano. Landougué y los guardas abren paso en señal de respeto y cariño.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon de la Quinta de Villablanca. Puertas al foro que dan á un recibimiento; en medio de las puertas una chimenea. Puerta vidriera á la derecha que abre paso á lo interior. A la izquierda la habitacion de Fernando. Retratos de familia. Muebles ricos, pero antiguos. A la izquierda del proscenio un canapé.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON *cerca de la chimenea preparando un vaso de agua con azúcar.* LA MARQUESA *y* LA BARONESA *salen del cuarto de* FERNANDO.

Baron. Qué tal?

Marquesa. No hableis alto. Se ha quedado un poco tranquilo. Habeis mandado que pongan los caballos? que vayan corriendo? (*Se sienta.*) Este Mauricio primero que se mueve... Parece increible que no habiendo mas que un médico en las cercanías y estando enfermo el heredero de los Villablancas no se haya dado prisa á venir á recetarle toda la farmacopea. Pobre Fernando! quién lo habia de pensar. Es ese vaso de agua y azúcar para él?

Baron. No, mamá, para mí... La novedad de hoy me ha puesto á la muerte.

Marquesa. No vayais á caer malo tambien vos...

Baron. Yo resisto todo lo que puedo; pero hace diez años que el mal me está minando por dentro.

ESCENA II.

DICHOS. MARÍA. *Despues* MAURICIO.

Maria. (*Sale corriendo.*) Ya está aqui el señor Mauricio!

He tenido que ir á buscarle hasta la casa nueva. (*Reparando en la Marquesa.*) Ah! perdonad, señora marquesa, si...

Marquesa. Quién es esta jóven?

Baronesa. Una muchacha que tiene el doctor en su casa; es una alhaja! miradla qué conmovida está...!

Maria. No lo estrañeis... el ayuda de cámara del señor Fernando me habia dado unas noticias...

Baron. Sí, un poco de calentura... no hay cuidado.

Marquesa. (*Viendo salir á Mauricio.*) Gracias á Dios!

Mauricio. (*Saliendo.*) Vamos, qué tenemos? qué hay? qué significan esas caras tan compungidas?

Marquesa. Pronto, una silla para el doctor. Sentaos. (*Mauricio se niega.*) Tomareis una copa de Málaga... Baron, cerrad esa ventana; el aire colado es muy malo.

Mauricio. Muchas gracias por tanta atencion, señora marquesa... (*A Maria.*) Hola! tú tambien por aqui?

Maria. Como estaban esperando con tanta impaciencia...!

Mauricio. Siempre tan servicial. Pero vamos, qué ha sido ello? Contádmelo. (*A la marquesa.*)

Los tres á un tiempo.

Marquesa. Habeis de saber que íbamos á ponernos á comer... Fernando no habia vuelto todavía.

Baronesa. La cosa es muy sencilla... me estaba peinando, cuando mi marido me llamó...

Baron. Hace tiempo que tenia sospechas de que mi sobrino padecia una grave enfermedad...

Mauricio. Si hicierais el favor de hablar uno solo...

Baron. Pues sí señor; es el caso que hacia ya mucho tiempo que...

Marquesa. Dejadme hablar á mí, es mi nieto... Habeis de saber que... Baron, sois insoportable... ni sé lo que iba á decir... ah! ya me acuerdo. Hace quince dias, que cuando íbamos á sentarnos á la mesa entró Fernando pálido y consternado; le pregunté qué tenia, pero el pobre muchacho tartamudeó algunas palabras y cayó casi desmayado en una silla.

Mauricio. Quince dias...!

Maria. Precisamente ese tiempo hace que no le hemos visto nosotros!

Mauricio. Pero entonces tenia una salud á prueba de bomba!

Maria. Nada de eso; no os acordais ya que al verle tan pálido le preguntásteis si estaba malo?

Mauricio. En efecto, esta chicuela tiene una memoria prodigiosa... y aquel desmayo? (*A los otros.*)

Baron. Solo le duró algunos instantes...

Baronesa. Le llevamos á su cuarto.

Marquesa. Del cual no ha vuelto á salir.

Maria. En quince dias!

Mauricio. Y os estais con esa calma? Y no me habeis avisado?

Baron. Si él se ha opuesto.

Mauricio. No importa. Tiene calentura?

Marquesa. No señor, pero está tan decaido...! se ha apoderado de él una melancolía...

Baronesa. Es imposible arrancarle una palabra...!

Mauricio. Sabeis si ha tenido algun disgusto?

Marquesa. Ninguno.

Mauricio. Y aquella idea que se os habia ocurrido? (*Aparte al baron.*) La bailarina...

Baron. (*Idem.*) Si luego supe que hacia ya ocho dias que se habia marchado.

Mauricio. No habeis observado si su tristeza se agrava en algunos momentos?

Baron. Sí, esta mañana misma cuando tocaron en la iglesia para no sé qué bautizo ó matrimonio...

Maria. Es verdad, hoy ha habido boda en el pueblo.

Baronesa. Esa maldita campana tiene un sonido tan desagradable...

Marquesa. Parece un caldero.

Baron. El campaneo le produjo una crisis... corria de una parte á otra...

Baronesa. Y gritaba: "Dios mio! Dios mio! mandad que cesen esas campanas!"

Marquesa. Entonces fue cuando me decidí á pasaros recado!

Mauricio. Pues señor, cuanto habeis dicho me deja poco mas ó menos tan informado como antes.

Marquesa. (*A Mauricio.*) Hombre, yo creo que las aguas de Vichy...!

Baron. O sino los baños rusos.

Baronesa. Nada de eso, lo que él necesita son distracciones. Ir á bailes, teatros! Estoy pronta á sacrificarme si es necesario... y acompañarle á París.

Mauricio. Segun parece, aqui todo el mundo es médico. Pues en ese caso cojo el sombrero y buenos dias.

Todos. Por Dios, doctor. (*Deteniéndole.*)

Maria. Señor Mauricio...!

Mauricio. Pues si me está llevando pateta con lo que oigo: baños, drogas... esas cosas son muy buenas cuando el cuerpo está malo; pero de lo que aqui se trata es de averiguar ante todo la clase de afeccion moral que padece.

Marquesa. Y si no quiere decir nada.

Mauricio. Se adivina... y eso corre por mi cuenta. Un médico que solo sabe dar emético ó ruibarbo es un asno... Verdad es que no faltan algunos en la cofradía, pero sin embargo tambien hay otros cuya visual alcanza mas y saben penetrar hasta el alma! Mauricio se vanagloria de pertenecer á estos últimos! Por lo tanto, señora marquesa, me instalo en vuestra casa por todo el dia.

Marquesa. Ah! No sabeis lo que os lo agradezco.

Mauricio. Y como no debo echar en olvido los otros enfermos... Has hecho muy bien en venir. (*A Maria.*)

Maria. (*Alegre.*) Lo veis? asi podré ayudaros, y si hay que velar al enfermo...

Mauricio. Nada de eso; tú no tienes que hacer aqui... buena andaria mi casa! Eh! ya puedes volverte en seguidita.

Maria. Pero...

Mauricio. Abrirás el segundo cajon de la derecha de mi papelera, y alli hallarás dos consultas y una receta; las estan esperando en Dammartin, entrégaselas á Santiago para que las lleve á la botica... ya saben para quién son... No vayas á equivocarte y hagas una diablura... te has enterado...? (*Maria está distraida.*) Muchacha, en qué estás pensando?

Maria. Entiendo... (*Mirando al cuarto de Fernando.*) entiendo... el cajon... la cómoda... en Dammartin...

Mauricio. Corre.

María. Y me he de ir sin saber... (*Aparte.*) Volveré, y el ama de llaves me informará de cómo está. (*Vase.*)

ESCENA III.

DICHOS, *menos* MARÍA.

Marquesa. (*A Mauricio.*) Con que pasareis el dia con nosotros?

Mauricio. Y tal vez la noche... me gusta estudiar hasta el sueño de mis enfermos! Si la señora baronesa tuviese la bondad de mandar que me dispusiesen mi cuarto...

Baronesa. Con mucho gusto; voy corriendo.

Marquesa. La mejor cama.

Mauricio. Con un colchon me sobra: lo que yo quiero es estar cerca del enfermo sin que él sospeche nada...

Marquesa. (*Asustada.*) Pues qué, creeis que sea cosa de cuidado?

Mauricio. Cuando lo sepa os lo diré. Baron, ved si puede recibirme.

Marquesa. Sin asustarle.

Baronesa. Decidle que el señor Mauricio ha venido casualmente.

Baron. Soy yo tonto?

Mauricio. Ea, daos prisa. (*Vase la baronesa por el foro, y el baron al cuarto de Fernando.*)

ESCENA IV.

MAURICIO. LA MARQUESA.

Marquesa. Ah! doctor! (*Se deja caer llorando en una silla.*)

Mauricio. Calle! á qué vienen ahora esos lloros?

Marquesa. Me he contenido mientras han estado delante, pero... temo que se me desgracie como su padre!

Mauricio. Desechad esos pensamientos.

Marquesa. Ah! no me engaño, no; tiene el mismo carácter! pobre Eugenio! sufria y callaba... todas sus penas las encerraba en sí mismo! Si supieseis! entusiasta por Bonaparte, le siguió á Egipto y volvió á

ofrecerle sus servicios cuando fue elevado á la dignidad de cónsul... Ya adivinábamos entonces todos la ambicion de aquel hombre, por lo que dimos á entender á Eugenio que el honor de su nombre no le permitia seguir por mas tiempo á su servicio. Obedeció sin quejarse, y vino á fijarse aqui, donde vivió triste, solo y taciturno... ocultando bajo la apariencia de una fria resignacion la especie de vergüenza que le devoraba... Yo le vi consumirse poco á poco, y no conocí la verdad hasta que ya no era tiempo. (*Solloza.*)

Mauricio. Hé ahí las consecuencias de los caprichos y rarezas de las familias!

Marquesa. (*Levantándose.*) Pues qué no era deber mio el obrar asi? Queríais que consintiese en que mancillara el nombre de los Villablancas?

Mauricio. No hay que incomodarse! cada uno tiene su modo de pensar... Y ahora no hay un Bonaparte que inflame los cascos de la juventud, con que vuestro nieto no corre ningun riesgo por ese lado.

Marquesa. Repetidle mil veces... que todo lo que dependa de mí... riquezas... sacrificios...

Mauricio. Silencio: él es.

Marquesa. (*Sonriéndose, y saliendo al encuentro de Fernando.*) Acércate, hijo mio; es el señor Mauricio, el médico.

ESCENA V.

DICHOS. FERNANDO, *pálido, que viene apoyado en* EL BARON.

Fernando. El médico! tenia deseos de verle.

Mauricio. (*Jovial.*) Pues se os han cumplido. Qué mudado está! (*Aparte.*) He salido á hacer unas visitas, y como casualmente pasaba por aqui... he subido á ver á vuestro tio. (*Por el baron.*)

Baron. A mí? Ah! sí... este hombre lo entiende (*Ap.*).

Mauricio. Con que con ese motivo he querido aprovechar la ocasion de veros... porque como ya ni cazais, ni se os ve por ningun lado... Vaya, hoy me convido yo mismo á comer... qué os parece?

Fernando. Perfectamente.

Mauricio. Ya veis que no ando con ceremonias... pero os advierto que habeis de estar mas risueño.

Marquesa. Qué amable sois, doctor!

Mauricio. Muchas gracias; (*Bajo.*) pero dejadnos solos.

Marquesa. Ya que el señor Mauricio nos hace ese obsequio... voy á dar algunas órdenes al cocinero...

Baron. Y yo al repostero. Los médicos son amigos de comer bien... tenemos un cierto vinillo de Arbois...

Mauricio. Al cual no le haré yo ascos por cierto.

Marquesa. (*A Fernando.*) Tú te quedas con el médico, no es asi, amigo mio...?

Baron. Por supuesto... hará nuestras veces...

Marquesa. Siéntate aqui... (*Le arregla una almohada en el canapé.*) estarás cansado.

Fernando. No, no señora, estoy bien.

Marquesa. Sí lo estás. Apoya aqui la cabeza, hijo mio. Le encontrareis algo mudado, eh, doctor? Ya no tenemos aquellos colores de otros tiempos...! Pero estoy sin cuidado porque... si se sintiese malo os lo diria al instante... Fernando es un buen hijo y no querria apesadumbrarnos...

Fernando. Pobre señora! (*Aparte.*)

Marquesa. Aqui cerca estamos... (*Bajo.*) me parece que os lo va á confiar todo.

Mauricio. Ea, dejadnos solos. (*Idem.*)

Fernando. Ah! nunca podré olvidarla! (*Aparte.*)

ESCENA VI.

MAURICIO *y* FERNANDO.

Fernando. Creen que me engañan... (*Con los brazos cruzados.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Pues me gusta! (*Examinándole.*) Si sigue asi con los brazos cruzados no sé cómo me he de gobernar para tomarle el pulso.

Fernando. Y bien, señor Mauricio...?

Mauricio. Qué hay? Qué significa eso? Pardiez que estais amable! asi recibís á los amigos que vienen á veros...? ni siquiera me habeis alargado la mano.

Fernando. Ah, perdonad! (*Se la da.*)

Mauricio. Eso es otra cosa. (*Le coje la mano.—Ap.*) Malo! el cutis está seco y ardiente...! (*Le pulsa.—Alto.*) Yo no soy amigo de cumplimientos, pero me agrada saber que me ven con gusto en todas partes...

Fernando. Y habeis podido dudarlo...! Siento un placer cuando os veo! No ocurre nada de nuevo?

Mauricio. Nada. Ah! sí, acaba de llegar el prefecto, y con ese motivo dicen que van á empezar las obras para construir el nuevo regadío, (*Sigue pulsándole con disimulo.*) es decir que dentro de veinte años estarán acabadas ya.

Fernando. (*Turbado.*) Supongo que en vuestra casa no habrá habido novedad?

Mauricio. Ninguna, gracias á Dios. (*Ap.*) Hola, hola! es una calentura lenta, sus ojos estan denotando un grave padecimiento. (*Le suelta la mano.*)

Fernando. Habeis acabado, doctor? No direis que no os he dejado todo el tiempo que habeis querido para tomarme el pulso...!

Mauricio. Tomaros el pulso? Yo tomaros el pulso! el diablo me lleve si habia pensado en tal cosa. Sin embargo, si quereis... (*Le vuelve á coger la mano.*) que lo haga?

Fernando. Vaya, basta de disimulo! los enfermos, señor Mauricio, tienen los sentidos muy perspicaces. Mi abuela sin duda estará llena de cuidado por mí, y os habrá hecho llamar.

Mauricio. Qué cosas teneis! (*Sonriéndose.*) En efecto, esas buenas señoras se alarman por todo... os han visto triste... un si es ó no enfermo... y no han parado hasta que me han hecho venir para... (*Se sienta á su lado, y le habla al oido.*) encargarme que os sonsaque... y viese si podia averiguar... (*Riendo.*) vamos, es cosa original...!

Fernando. (*Suspirando.*) Ah!

Mauricio. A buena parte iban: yo que aborrezco á los médicos que atormentan á sus enfermos con preguntas. "Tiene usted algun disgusto... alguna pena?" Valiente tontería! Si tiene algo él lo dirá; porque nosotros no somos brujos para adivinar secretos. (*Cam-*

bia de tono.) Han dado en la tema de que os aflige algun grave pesar. (*Le observa.*)

Fernando. Un pesar!

Mauricio. Sí señor, un pesar! pero, como yo le decia hace poco á vuestra abuela, eso no puede ser, ni tiene el menor asomo de probabilidad. Qué os falta? Sois rico, jóven, de una familia distinguida...

Fernando. Ah! bien caro me cuesta! (*Suspira.*)

Mauricio. Asi pues la ambicion no debe atormentaros: qué mas puede afligiros? Alguna pérdida de consideracion en el juego? jamas habeis tenido ese vicio. A no ser que haya en campaña algunos amores?

Fernando. Amores! (*Estremeciéndose.*) No.

Mauricio. (*Aparte.*) Yo digo que sí. (*Alto.*) Pero ya nadie se muere de amores: yo he sido jóven, como todos, y he sufrido tambien en ese punto mil contratiempos. Cuando uno tiene pocos años, solo se ven obstáculos en un asunto del cual es muy facil salir, diciendo: "esa muchacha me gusta, estoy enamorado y me quiero casar con ella; tal vez habrá algunas dificultades, pero espero que vos me ayudareis á vencerlas, pues mi felicidad depende de esta boda."

Fernando. Escuchadme, señor Mauricio. (*Se levanta y le coge de la mano, despues de un momento de silencio.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Me va á decir quién es... lo que vale saber manejarse!

Fernando. (*Pausadamente.*) No quiero negároslo por mas tiempo. Sí... (*Señala al corazon.*) se encierra aqui un amor profundo que nadie conoce... nadie... porque este secreto morirá conmigo y ninguno le descubrirá.

Mauricio. (*Aparte.*) Escepto yo. (*Alto y con tono brusco.*) Y quién os lo pregunta tampoco? Creeis que eso me importa á mí?

Fernando. (*En voz baja.*) No, nunca! Sería un escándalo para toda la familia... Mi pobre abuela se moriria de pesar!

Mauricio. (*Aparte.*) Un escándalo! Qué diablos será? Oh! yo no abandono el campo tan facilmente, y espiaré sus menores acciones.

Fernando. Hablemos de otra cosa.

Mauricio. Con mucho gusto. Pues como iba diciendo, la acequia pasará por vuestro parque, de modo que os vienen á quitar unas treinta fanegas de tierra justitas y cabales, de las que sereis indemnizado tarde, mal y nunca; os voy á trazar el diseño. (*Pasa la punta del baston por el suelo; mientras hace su descripcion, María entreabre las puertas vidrieras, y al verlos cierra otra vez; Fernando no hace caso á Mauricio.*)

María. Me he perdido en esos corredores. Ah! Dios mio! (*Viéndolos.*)

Fernando. Ella es! (*Viendo á María.*)

Mauricio. Eh! Quién es ella? (*Mirándole.*)

Fernando. María! María cerca de mí! (*Aparte.*)

Mauricio. Esa turbacion... (*Idem.*)

Fernando. Oh! no: habrá sido un sueño. Loco de mí! (*Se oculta el rostro y se arroja en el canapé.*)

Mauricio. Qué se le habrá figurado! Qué ha visto? Estará en la casa por ventura el objeto de su pasion? (*Vuelve la cabeza y ve á la baronesa que entra por el foro, y se adelanta de puntillas.*) Cielos! su tia!

ESCENA VII.

DICHOS. LA BARONESA.

Baronesa. Qué tal? (*Desde lejos, y bajo.*)

Mauricio. Chist! (*La hace señas que se esté quieta.*) Su tia! Estoy que no sé lo que me pasa.

Baronesa. Descansa?

Mauricio. No señora, está absorto.

Baronesa. Habeis averiguado algo? (*Bajo.*)

Mauricio. Sí señora... es decir... creo que sí... (*Aparte.*) Pues señor, no me parece del todo mal! Y yo que no habia reparado en ella...! (*Bajo á ella.*) Decidme, señora baronesa, habeis conocido á Fernando antes de casaros?

Baronesa. Pues no le habia de conocer? mucho antes.

Mauricio. Eh!

Baronesa. Siempre acompañaba á su tio cuando venia á

verme al convento. Y nunca olvidaba traerme ramilletes y dulces. Oh! estaba muy amable conmigo.

Mauricio. (*Aparte.*) Buena la hemos hecho! Sin duda no ha podido vencerse, y el infeliz por respetos á la moral... y el buen baron sin ver nada, sin notar nada! (*La baronesa va hácia el canapé.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. EL BARON *se presenta en el foro.*

Baron. Eh! cómo va? (*Bajo.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Miren quién se descuelga ahora!

Baronesa. No hagas ruido. (*Al baron.*)

Baron. Habeis logrado descubrir...? (*A Mauricio.*)

Mauricio. Sí señor: he hecho un descubrimiento estupendo! (*Bajo.*)

Baron. Tanto mejor: (*Restregándose las manos y alegre.*) tengo ganas ya de saber quién es la persona...

Mauricio. (*Aparte.*) Sí, eso es, firme! frótate las manos, es lo mejor que puedes hacer.

Baron. Vamos, qué decís?

Mauricio. (*Aparte.*) El diablo cargue conmigo si sé qué contarle... Sin embargo, tengo que tomar mis medidas para enterarles... (*Alto.*) Baron, sabeis la historia de Estratonice?

Baron. La historia de Estratonice? Y á qué viene esa pregunta?

Mauricio. Sabeis esa historia? (*Recalcando.*)

Baron. Sí, me parece que sí... (*Recordando.*) Es sobre un rey griego ó persa, que tuvo un hijo que se enamoró de su madrastra, en términos de que el amor le puso á la muerte. Es esa?

Mauricio. La misma... Y bien?

Baron. Y bien?

Mauricio. Vuestro sobrino...

Baron. Cómo?

Mauricio. Es otro hijo de Estratonice.

Baron. Mi sobrino? Pero, hombre, si Fernando no tiene madrastra.

Mauricio. (*Al oido.*) No, pero tiene tia.

Baron. Tia! Qué es lo que decís? A ver, amiguita, (*A la baronesa.*) sepárate un poco.

Mauricio. Silencio!

Baronesa. Sabeis ya...? (*Se acerca á ellos.*)

Baron. (*Conmovido.*) Ya lo sé. (*A Mauricio.*) Esto no es decir que tenga miedo, porque ademas de ser imposible... el parentesco... la naturaleza...

Baronesa. Qué estais diciendo?

Baron. Nada, un desatino! (*Se esfuerza para sonreirse.*) El doctor que ha dado en la manía de creer que la enfermedad de Fernando... es que está enamorado de tí.

Baronesa. De mí?

Mauricio. Qué habeis hecho? (*Bajo al baron.*)

Baron. No, no tengais cuidado. (*A Mauricio.*)

Baronesa. Enamorado de mí! (*Sonriéndose.*) Pobre muchacho! Y por qué no me lo ha dicho?

Baron. Cómo, señora!

Baronesa. Sí por cierto; le hubiera desengañado diciéndole: Fernando mio, eso es una ridiculez! No puedo enfadarme, porque soy tu tia... pero... si cuando me visitabas te hubieras presentado francamente, hubiéramos visto...

Baron. Qué hubiéramos visto?

Baronesa. Hubiéramos visto... el medio de calmarle... porque en el fondo es un escelente muchacho, un caballero en toda la estension de la palabra. Mucho me hubiera alegrado... (*Le mira con coquetismo.*) pero lo que á mí me sorprende es que yo no haya advertido...!

Baron. (*A Mauricio.*) Pues no faltaba mas si no que ahora le hubiese yo dado pie á mi muger... para ser otra Margarita de Borgoña. Me parece, señor Mauricio, que no teniais necesidad de...

Mauricio. (*Bajo.*) A nadie teneis que echar la culpa: quién diablos os manda decírselo?

ESCENA IX.

DICHOS. LA MARQUESA.

Marquesa. Vamos, qué tal? (*Bajo.*)

Mauricio. Ya tenemos aqui á toda la familia. (*Ap.*)

Baron. Muy mal, señora. (*Bajo.*)

Mauricio. Chist! (*A la marquesa, y observando á Fernando desde el respaldo de la silla.*) Nada. Sordo como una tapia: está ensimismado: aunque tirasen cañonazos.

Marquesa. Habeis descubierto su secreto?

Baron. Sí, mamá... todo lo sabemos.

Marquesa. Si apetece alguna cosa, si ambiciona algo, es preciso no quitarle las esperanzas.

Baron. Al reves... (*Con viveza.*) es preciso no dejarle ninguna.

Marquesa. Por qué, hijo mio? Debemos hacer por él cualquier sacrificio, por grande que sea.

Baron. Sin embargo, señora, hay sacrificios de sacrificios...

Marquesa. (*Enfadada.*) Ah! ya me estrañaba yo que no sacase la cabeza vuestro genio quisquilloso y ruin!

Baron. Pero... qué...! le he de dar...?

Marquesa. (*Bajo.*) Ya sabeis que os he dicho mil veces que teneis un carácter muy malo... Estoy segura de que vos sois la causa de todo.

Baron. Eso es; no me faltaba mas que esto ahora.

Marquesa. Habreis contrariado los deseós del pobre muchacho.

Baron. Pues son bonitos sus deseos!

Marquesa. (*Bajo, y muy enfadada.*) Pero sabed, señor mio, que yo no puedo consentir que mi nieto esté malo, y que si no sois el primero en sacrificaros para salvar la vida al último vástago de los Villablancas... no teneis alma...!

Baron. Ah! (*Fuerte.*)

Mauricio. Habeis perdido el juicio! (*Acercándose á él.*) En el cuarto del enfermo os poneis á alborotar! Silencio, ó echo á todo el mundo de aqui!

Marquesa. Teneis razon, doctor, (*Bajo.*) pero al menos decidme lo que le atormenta, y os juro que sabré obligar á este caballero...

Mauricio. Lo que quiero es que calleis; quietos aqui... (*Los hace sentar á la derecha.*) y cuidado con moverse... antes de tomar un partido es preciso asegu-

rarse. (*A la baronesa.*) Espero, señora, que no tendreis tanto miedo como vuestro marido, y por lo tanto creo que estareis decidida á salvarle?

Baron. Eh! (*Aparte.*) Pero, señor, este médico es atroz!

Baronesa. Por supuesto... pobre muchacho!

Mauricio. Pues bien, id con mucho tiento y sentaos á su lado.

Baron. (*El baron se levanta.*) A su lado!

Marquesa. Jesus! (*Haciéndole sentar con una mirada.*) Baron, nunca creí que tuvieseis tan mal corazon...

Mauricio. No os asusteis de su sorpresa, ni de su alegría; todo ello pasará con la primera impresion.

Baron. (*Aparte.*) Habráse visto un marido en situacion mas ridícula que la mia. (*Mauricio le hace señas para que calle: la baronesa va á sentarse al lado de Fernando.*)

Baronesa. No me ha sentido. (*Le llama con dulzura.*) Fernando?

Baron. (*Bajo.*) Pero hombre, yo soy de opinion de que si duerme no se le debe despertar...

Baronesa. (*Alza la voz.*) Fernando?

Fernando. (*Sale de su distracion, y se vuelve hácia ella.*) Ah! Sois vos, querida tia?

Mauricio. Es singular, no le ha hecho la impresion que yo esperaba...

Baronesa. (*Con dulzura.*) Vengo á acompañarte.

Fernando. (*Con frialdad.*) Agradezco vuestra amabilidad, querida tia: tengo mucho gusto en veros. (*Se vuelve y cae de nuevo en su distraccion.*)

Mauricio. Ni la menor conmocion... ya no la mira.

Baronesa. Dices que tienes mucho gusto en verme, y sin embargo apartas la vista, porque sin duda temes las reconvenciones que voy á hacerte.

Fernando. (*Distraido.*) Reconvenciones...!

Baronesa. Sí, hijo mio; no eres razonable, pero no temas mi enojo... Verdad es, que soy tu tia, pero tambien sé que nadie está libre...

Baron. Qué es lo que dice?

Marquesa. Baron, estais insufrible!

Baronesa. Pero si he de decir la verdad... mas me hu-

biera enfadado si hubiese sido de otra. (*Con dulzura.*) Lo creerías? (*Fernando la mira con aire de asombro.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Pues señor, estoy viendo que me he equivocado.

Baronesa. Qué me miras tanto...? El vestido? No es verdad que es muy bonito? Qué te parecen las flores de este rostrillo?

Fernando. (*Sin mirar.*) No me parecen mal.

Baronesa. Oh! Son muy bonitas... Pues no creas que son compradas... las ha hecho María.

Fernando. (*Con viveza.*) María! María las ha hecho?

Mauricio. (*Aparte, admirado.*) Qué veo!

Fernando. Oh! es precioso! esas flores son de muy buen gusto. (*Mirando el rostrillo.*)

Baronesa. No te parece que tiene mucha habilidad?

Fernando. (*Se acerca mas.*) Oh! Sí, y es ademas tan buena...! tan sensible...! tan modesta...! Si supiéseis cuánto candor, cuántas virtudes encierra su corazon!

Mauricio. (*Aparte.*) Qué entusiasmo! Su rostro se ha animado desde que oyó ese nombre.

Fernando. Decidme, tia mia, ha venido hoy á la Quinta? Me parece que la he visto...

Baronesa. Sí, vino con el médico... pero se ha vuelto á marchar.

Mauricio. Se ha vuelto á (*Pasando al otro lado del sofá.*) casa de su marido.

Fernando. De su marido...!

Baronesa. Cómo puede ser eso, si la boda de esa muchacha...

Mauricio. Se ha celebrado (*Recalcándolo y haciéndola señas.*) esta mañana... por el repique de campanas podiais haberlo sospechado.

Fernando. (*Se levanta furioso.*) Ah! no me habia engañado! no...! (*Para sí.*) Debia haber corrido, debia haberla arrancado de alli...

Mauricio. (*Bajo.*) Imprudente.

Marquesa. Hijo mio!

Fernando. (*Balbuciente.*) Ah! Señora, perdonad...! no ha sido nada... un vahido... un momento de delirio! (*Ap.*) Ah! en vano procuro reprimirme! (*Alto.*) Se-

ñor Mauricio! (*Bajo á él.*) Si habeis adivinado algo, no digais una sola palabra...! os lo suplico.

Todos. Fernando...!

Fernando. Nada, nada. (*Vase precipitadamente á su cuarto.*) Dejadme, dejadme.

Mauricio. (*Aparte.*) No me queda duda.

Marquesa. Huye de nosotros!

Baronesa. Es inconcebible.

Mauricio. (*Aparte.*) Quién hubiese imaginado una pasion tan terrible! (*Alto.*) Baron, no le dejeis solo.

Baron. Pero y de lo que me digísteis hace un rato acerca...

Mauricio. No hay nada de lo dicho.

Baronesa. Cómo?

Baron. Con que mi muger no tiene ya que ver con Estratonice?

Mauricio. Hombre, no. Me he equivocado.

Baron. (*Alegre.*) Cuando yo decia que era imposible! Querido sobrino de mi alma...! Voy á estrecharle contra mi corazon. (*Vase.*)

Marquesa. Con que está mejor? (*Con inquietud.*)

Baronesa. Qué salida! para esto mas valia... (*Aparte y con despecho.*) Cuidado que estos médicos tienen una cabeza tan ligera... venir á hacerla cercer á una que... y luego... (*Suspirando.*) Voy á estudiar al piano la tanda de rigodones que me ha traido mi marido. (*Vase.*)

ESCENA X.

LA MARQUESA. MAURICIO.

Marquesa. Ay Dios mio! Debe haber pasado algo por fuerza; decidmelo, doctor.

Mauricio. (*Sin reparar en la marquesa, y paseándose.*) Quisiera estar á cien leguas de aqui... Cómo diablos la diré...? Poquito orgullo tiene ella con su linage y con su sangre azul... Sería capaz de evocar las sombras de todos los difuntos Villablancas.

Marquesa. Quereis contestar, señor doctor, ó habeis determinado matarme á pesadumbres? Sabeis lo que tiene?

Mauricio. Sí señora, lo sé.

Marquesa. Pues me lo vais á decir.

Mauricio. No espereis tal, no lo diré.

Marquesa. Cómo!

Mauricio. No pienso en semejante cosa! porque no tengo gana de que os dé un ataque de nervios.

Marquesa. Será algun encalabrinamiento, no es verdad?

Mauricio. Una pasion... Sí señora, tanto mas violenta, cuanto que Fernando se ha esforzado en vano para reprimirla.

Marquesa. Pues entonces hay mas que proponerle que se case...?

Mauricio. Imposible! Hay obstáculos insuperables.

Marquesa. No señor, no los hay, ni puede haberlos...!

Mauricio. Y si hubiese dirigido sus miras á una persona mas elevada que él?

Marquesa. (*Con orgullo.*) Mas elevada que él? No la hay.

Mauricio. En fin, á alguna persona de sangre real...

Marquesa. Ah! me echaría á sus pies... para salvar á mi hijo la diria: Sereis tan cruel que por pertenecer á una familia mas ilustre, por haber nacido en una clase mas elevada, querais sacrificar la vida de mi pobre hijo...! Oh! es imposible que os ciegue el orgullo hasta tal estremo...!

Mauricio. Perfectamente; pues entonces empezad por aplicaros á vos misma lo que acabais de decir.

Marquesa. Cómo!

Mauricio. La persona á quien ama vuestro nieto es una jóven desamparada y huérfana que ni aun conoce á los que la dieron el ser.

Marquesa. Ah! qué oigo! Una inclusera! oh! qué vergüenza...! mucho quiero á Fernando, pero preferiria verle muerto antes que consentir...

Mauricio. (*Aparte.*) Estaba seguro de ello... todos son lo mismo.

Marquesa. No me hableis mas de eso, doctor; es imposible que eso sea verdad.

Mauricio. (*Picado.*) Imposible?

Marquesa. Un Villablanca no puede haberse degradado hasta ese punto.

Mauricio. Cuando os digo que yo mismo lo he visto...

Marquesa. Tendreis cataratas.

Mauricio. Tengo pruebas.

Marquesa. Os habreis equivocado. Sois médico, y nada tiene de estraño.

Mauricio. Señora, qué estais diciendo?

Marquesa. Nada tiene de particular... otros mucho mas hábiles...

Mauricio. (*Con ironía.*) Sí por cierto.

Marquesa. Todos erramos en este mundo.

Mauricio. Y vos la primera; dígalo sino cuando jugais á los cientos, y marcais los puntos que no hay.

Marquesa. Señor doctor!!!

Mauricio. Señora marquesa...!!

Marquesa. (*Enfadada.*) Al fin y al cabo, médico de lugar.

Mauricio. Y por consiguiente esceptuado de tener sentido comun, no es verdad?

Marquesa. Yo no he dicho eso.

Mauricio. Pero lo pensais.

Marquesa. Como si faltaran médicos en el mundo!

Mauricio. Pues llamadlos.

Marquesa. Por supuesto que los llamaré; no digo uno, sino ciento si es preciso.

Mauricio. Doscientos...! mil...! (*Fuerte.*)

Marquesa. Pues ya se ve que sí señor. (*Mas fuerte.*)

Mauricio. Señora, quedaos con Dios: (*Coge el sombrero.*) Mauricio se va para siempre; para no volver á poner los pies en esta casa. (*Va á irse, y sale el baron.*)

Baron. Doctor, doctor! no os marcheis; se ha puesto peor.

Marquesa. Dios mio! (*Se deja caer en una silla.*) Se ha puesto peor...! Señor Mauricio, en nombre del cielo...!

Mauricio. Qué quereis?

Marquesa. No nos abandoneis; está peor, y solo en vos tengo confianza.

Mauricio. Eh! no será nada; algun mareo! (*Al baron.*) frotarle la frente con un poco de éter. (*A la marquesa.*) Vamos, tranquilizaos, no me voy, ya lo veis, me quedo.

Marquesa. Qué va á ser de nosotros? Cómo curarle de esa loca pasion?

Mauricio. Solo hay un medio; por consiguiente no tenemos que cansarnos en discurrir; es preciso que salga de aqui, que viaje... Enviadle á España, á Italia, á cualquiera parte. Y no andemos con dejarlo para mas tarde.

Marquesa. Y he de separarme de él?

Mauricio. Sí señora: es preciso que se marche, ó no respondo de su vida.

Marquesa. Pero quién le acompañará? No puedo permitir que se marche solo en ese estado: no tengo á nadie á quien confiarle.

Mauricio. No teneis á nadie? (*Pausa.*) Pues entonces yo me iré con él.

Marquesa. Vos, señor Mauricio? ah! sois nuestro angel de la Guarda.

Mauricio. No: soy médico; mi compañero de Chantillon se encargará de las demas visitas durante mi ausencia. Pero no hay que perder tiempo. Vamos, mandad que esté todo dispuesto.

Marquesa. Y cómo le decidiremos?

Mauricio. Yo me encargo de eso. Dad vuestras órdenes para que nos tengan pronto un carruage.

Marquesa. Ah, buen Mauricio! Sois nuestro salvador! Con tal de que aun sea tiempo. (*Vase.*)

Mauricio. (*Solo.*) No, ya no me separo de él; no quiero que sea víctima como su padre, á quien quise tanto. Pobre amigo mio! Me parece que aun le estoy viendo... un veterano de Aboukir... Sí, salvaré á su hijo. Y he de dejar sola á la pobre María? oh! la diré que voy á volver pronto y se consolará... Landougué no puede tardar ya en volver de Moulins, adonde ha ido á tomar posesion de la herencia que le ha dejado su tia; y en cuanto esté aqui veremos de activar la boda. Pero cómo diablos se ha enamorado el marques de esa muchacha...? apenas la ha visto.

ESCENA XI.

MAURICIO. MARÍA *sale por el foro.*

Maria. Chist... Chist, señor Mauricio? (*Bajo.*)

Mauricio. Hola! eres tú. Qué vienes á hacer aqui?

Maria. No os enfadeis. (*Sale.*) Es que como estaba asi... tan trastornada con lo del señor Fernando, no me he enterado bien de vuestro encargo. No me he acordado mas que de que era cosa de papeles, y os traigo todos los que habia en el cajon. (*Le da un paquete de papeles.*)

Mauricio. Vamos, yo no sé dónde tienes la cabeza, muchacha. La boda te tiene vuelto el juicio á pesar de que lo disimulas... estoy deseando que venga Landougué.

Maria. (*Con timidez.*) Decid, señor Mauricio, le habeis visto?

Mauricio. A Landougué?

Maria. No señor, al señorito Fernando.

Mauricio. Sí, sí... (*Examina los papeles.*) Pues no has hecho tú mala confusion...!

Maria. Creí que sería cosa de cuidado: qué es lo que tiene?

Mauricio. Tiene una nevralgia: (*Sigue examinando los papeles.*) Ah! ya creo que he hallado lo que buscaba... el cuento es que va haciéndose de noche... y apenas diviso... (*Procura leer, y Maria lee por encima de su hombro.*) "Constipacion..."

Maria. No señor, sino dice eso. "Constitucion."

Mauricio. Constitucion...!

Maria. Pues! "Napoleon por la gracia de Dios y de la Constitucion del imperio, emperador de los franceses, rey de Italia..."

Mauricio. Ah! ya sé lo que es... pero cómo diablos estaba esto aqui entre estos papeles? (*Los mira y los guarda en el bolsillo: despues reflexiona y dice á Maria:*) Oyes tú, picarnela, desde cuándo sabes leer tan de corrido?

Maria. Yo! (*Confusa.*)

Mauricio. Sí, tú.

Maria. Y... tambien sé escribir; (*Sonriéndose.*) era una sorpresa que queria causaros.

Mauricio. Mil gracias. Pero á quién debes tantas habilidades?

Maria. Al señor marques.

Mauricio. A Fernando! ah! es él... el que...

Maria. Sin duda! Es tan bueno, tan complaciente...! al ver lo avergonzada que estaba de mi ignorancia me propuso... y por no incomodaros venia siempre que estabais fuera de casa, de modo que apenas volvíais las espaldas ya le tenia á mi lado.

Mauricio. Ah! entiendo! esperaba á que yo estuviese fuera para... (*Aparte.*) entonces no es estraño que nunca le encontrase.

María. Si vieseis qué buen maestro es! y qué bien aprendia yo! Estaba tan contenta mientras duraba la leccion...! pero asi que se acababa... me quedaba tan triste, tan pensativa! El marques me decia que eso anunciaba grandes disposiciones.

Mauricio. Por supuesto. (*Aparte.*) Dios mio, y la pobre muchacha tambien... solo esto me faltaba...! Pues señor, ahora ya no quiero coche, lo que quiero es silla de posta. (*Alto.*) Me alegro mucho, María, que tu educacion... porque al fin siempre es bueno... una jóven como tú debe saber... (*Cambiando de tono.*) Mira, corre, y dile á Santiago que prepare mi maleta... Nada, un par de pañuelos y camisas...

Maria. Pues qué vais á algun pueblecillo de los alrededores?

Mauricio. Sí, á San Petersburgo.

Maria. Cómo!

Mauricio. Nada, nada... Es un enfermo de cuidado... en fin, á mi vuelta te lo diré todo... Cuida bien de la casa durante mi ausencia, y cuando venga Landougué... esperad hasta mi vuelta, entiendes? hasta mi vuelta.

Maria. Sí señor... pero esplicadme... (*Sale un criado y se acerca á Mauricio.*)

Criado. (*Bajo.*) Señor Mauricio, la señora marquesa dice que entreis inmediatamente. El señor marques consiente en partir.

Mauricio. (*Idem.*) Consiente...! Pues es preciso aprovechar la ocasion. (*Al criado.*) Allá voy. (*Alto á María.*) Ya lo ves, no tengo tiempo. Con que hasta la vista. (*La abraza.*) Vuélvete pronto á casa.

Maria. Traigo aqui unos encages para la señora baronesa.

Mauricio. Pues bien, pasa... pero por esta escalera... (*Abre la puerta vidriera.*)

Maria. Pero...

Mauricio. Vamos, vete, vete... y no vuelvas á poner los pies en esta casa. (*Vase Maria; Mauricio la acompaña y cierra la puerta detras de ella. Al través de la vidriera se verá á Maria que se para.*)
Bravísimo! ahora no volverán á verse, que es lo esencial... Corro á saber lo que quire la marquesa. (*Vase.*)

ESCENA XII.

MARÍA. *Despues* FERNANDO. *Maria sigue con la vista á* MAURICIO, *y en cuanto le ve alejarse abre lentamente la puerta.*

Maria. (*Sola.*) Qué habrá pasado? Qué inquieto estaba! Sin duda se habrá puesto peor el señor Fernando, y habrá querido ocultármelo. Apostaría cualquier cosa á que se aliviaba si le hablasen del amor que tanto le atormenta. Dios mio! él es. (*Ve á Fernando y se retira á un lado.— Fernando sale de su cuarto.*)

Fernando. (*Consigo mismo.*) Una vez que asi lo quieren, partiré, pero no la volveré á ver, porque conozco que entonces no tendria fuerza para alejarme de ella. (*Se vuelve y la ve.*) María! María, vos en esta casa?

María. Perdonad, señor marques... (*Turbada.*) pasaba por aqui, y no he podido resistir al deseo de informarme del estado de vuestra salud. Cómo os sentís? (*Acercándose.*)

Fernando. (*Aparte.*) Ah! esta prueba... (*Con dulzura la hace señas de que se aleje.*) María... vete! vete!

Maria. Pues qué, estais enfadado conmigo? Dios mio! en qué he podido ofenderos?

Fernando. (*Turbado.*) En nada, en nada. Soy injusto. María, mi tia queda encargada de ofrecerte en mi ausencia el regalo de boda... que te tengo destinado. (*Se esfuerza.*) Sé feliz con tu marido... á Dios...! (*Va á alejarse.*)

María. Mi boda! mi marido! Pero señor, si yo no me he casado.

Fernando. Qué dices? (*Volviendo.*)

Maria. No señor, no estoy casada: se han empeñado todos en que yo me he casado esta mañana, y hace ya tres dias que se fue Landougué.

Fernando. Con que no estás casada? (*Alegre.*) Y cuál ha sido el motivo?

Maria. Os diré: el principal motivo he sido yo. No me atrevo á confesar al señor Mauricio que Landougué no me gusta, y luego yo no sé por qué, desde que os dí la noticia de mi boda, y vi que no la aprobabais... me parece cada vez peor ese pobre muchacho.

Fernando. (*Muy animado.*) Será cierto, María! ah! ya no quiero marcharme... no me muevo de aqui.

Maria. Pues qué? estais peor? (*En este momento se presenta el baron, que viene del cuarto de Fernando: la marquesa, el doctor y la baronesa aparecen por el foro.*)

Fernando. (*Fuera de sí.*) Al contrario, jamas he sido mas feliz! Si tú comprendieses el placer que me han causado tus palabras. María...!

Maria. Oh! Cuánto me alegro.

Mauricio. (*Al verlos y aparte.*) Juntos! tiró el diablo de la manta...!

Baron. (*A los otros.*) Mirad... mirad qué cambio!

Fernando. (*Sin advertir en ellos.*) Ah! tú has dado un nuevo ser á mi existencia! Sí... mi corazon...!

Mauricio. (*Se coloca entre los dos.*) Late con mas libertad... no es esto lo que ibais á decir? Sí, estais mejor... mucho mejor... (*Bajo á Maria.*) Vete. (*Alto.*) Se ha presentado una crisis favorable... y os doy el parabien por ello... pero... (*Bajo á Maria.*) Vete, muchacha.

Fernando. Ah! (*Sin ver á su madre.*) me habeis engañado.

Mauricio. Yo... sí... pero... (*Haciendo ruido para que no se entere la marquesa.*) jum! jum!

Fernando. Pero voy á deberos mi felicidad: ya no deseo la muerte; quiero vivir.

Marquesa. (*Corre á él.*) Se ha salvado! hijo mio! oh! no hay médico como él!

Fernando. (*Viéndola.*) Cielos!

Mauricio. Misericordia! preveo una tempestad.

ESCENA XIII.

DICHOS. LA MARQUESA. MARÍA. EL BARON. LA BARONESA.

Baron y *Baronesa*. Querido sobrino!

Marquesa. (*Muy alegre.*) Sí, le ha salvado! Mirad qué semblante tan animado! qué ojos tan espresivos...! ah! doctor, vos sois la causa de tan estraordinario alivio.

Mauricio. Yo! nada de eso.

Baronesa. Qué ciencia!

Baron. Qué hombre tan admirable!

Marquesa. No tiene igual.

Mauricio. (*Enfadado.*) Pero, señores, hacedme el favor de no prodigarme tantos elogios, porque ninguna parte tengo en esta cura. Quereis que os diga á quién lo debeis todo? (*Señalando á Maria.*) Esta muchacha es la que ha hecho el milagro.

Marquesa. (*Reparando en ella.*) Esa jóven! oh! hermosa figura! acércate, hija mia, dame un abrazo.

Mauricio. (*Deteniéndola.*) Poco á poco: (*Bajo.*) es ella.

Marquesa. No os entiendo.

Mauricio. Os repito que es ella.

Marquesa. Ella!

Mauricio. Sí señora, ella... la que ama Fernando...! Quereis que os lo repita cien veces.

Marquesa. María!

Mauricio. Ahora abrazadla hasta que se os caigan los brazos.

Marquesa. María!

Maria. Yo!! (*Turbada.*)

Marquesa. Una aldeana! Y es posible que un Villablanca...! Vamos, hijo mio, desmiente á este buen señor; dile que ha perdido el juicio... que te está ultrajando.

Fernando. No, madre mia, cuanto ha dicho es la verdad.

Todos. La verdad...! (*La marquesa cae traspasada de dolor en el canapé: Fernando procura calmarla.*)

María. Qué oigo! Es cierto lo que decís, señor Mauricio? Con que era á mí á quien amaba, á mí, pobre huérfana... ahora comprendo lo que yo misma no

podia esplicarme... lo que me hacia tan feliz... porque entonces tambien yo sin saberlo le ama...

Mauricio. Calla! calla! (*Le pone la mano en la boca.*)

Maria. Sí... sí... (*Bajo, y llorosa de alegría.*) Callaré... No sabrá que le amo... que le amaré toda mi vida... Encerraré en mi corazon mi alegría y mi dicha...! ah! nunca hubiera creido que se podia ser tan feliz...! (*Oculta el rostro en los brazos de Mauricio.*)

Fernando. Madre mia...! (*A la marquesa.*)

Marquesa. Dejadme... dejadme.... (*Le rechaza.*) Sin consideraciones á su clase, á su ilustre nacimiento...

Fernando. (*Con fuerza.*) Ah! no me lo recordeis... porque ellos son causa de mi desgracia... Solo el cariño... el amor que os tengo ha podido decidirme á ocultar por tanto tiempo dentro del pecho un secreto que me mataba...! Solo por vos, madre mia, he podido renunciar á una muger, cuyo corazon es mas noble que el de todas esas familias que hacen alarde de sus títulos y grandezas... (*Se coloca en medio.*) Pero ahora que sé que está libre... y que me ama... ahora que la alegría me ha arrancado mi secreto... nadie en el mundo me separará de ella...! María será mi esposa!

Todos. Su esposa!

Maria. Qué dice!

Baron. Sobrino!
Baronesa. Fernando! } (*Ambos levantan la voz.*)

Marquesa. (*Furiosa.*) Nunca consentiré en ello... Sería una deshonra! oh! este era complot concertado de antemano. (*A Mauricio y á Maria.*)

Mauricio. Señora...! (*Ofendido.*)

Marquesa. Hé aqui las consecuencias de familiarizarse con gentecilla... pero yo sabré impedir... (*Llama.*) Hola! Lorenzo! Juan...! (*Se presentan dos lacayos.*) Echad de aqui á esa jóven.

Mauricio. Echarla...! (*La coge entre sus brazos.*)

Fernando. (*A los criados.*) El primero que se atreva... Salid de aqui, ea, salid. (*Con imperio.*) Soy el gefe de la familia, y por lo tanto solo yo mando en esta casa! (*Los criados se retiran.*) Y vos, señora...

Marquesa. Señora...! Señora...! (*Llorando.*) Ya no me llama madre...!

Fernando. Ah! Perdonadme...! (*Se echa á sus pies.*)

Marquesa. (*Con fuerza.*) Pues bien, una vez que eres mal hijo para mí... tambien seré madrastra para tí: te olvidaré... te maldeciré...

Maria. Oh! no, no. (*Separándose de los brazos de Mauricio, y acercándose á la marquesa con las manos juntas.*) Señora...! por Dios, no le priveis de vuestro cariño; no quiero ser la causa de que pierda vuestra ternura. Me iré si es preciso... no le volveré á ver mas... le olvidaré aun cuando me cueste la vida... (*A Mauricio sollozando.*) Llevadme, llevadme de aqui por Dios.

Fernando. María...!

Mauricio. (*Con dignidad.*) Tiene razon, caballero; ya no debe continuar por mas tiempo en esta casa. (*A Maria.*) Vete, hija mia, vete; el pobre Mauricio jamas te abandonará: cuenta con su apoyo. Dentro de poco iré á buscarte. (*La acompaña hasta la puerta.*)

Fernando. Lo habeis querido, y será... (*A la marquesa con ira.*) Obedezco, y me resigno...! Pero tened entendido que antes que unirme á otra muger consentiré que el nombre de Villablanca desaparezca para siempre: no espereis que me case jamas! (*Vase.*)

Marquesa. Sí, aléjate, te abandono! Dios mio! ahora que me acuerdo, si tendrá armas...! no le dejeis solo, corred. (*La baronesa sigue á Fernando.*)

ESCENA XIV.

LA MARQUESA. EL BARON. MAURICIO.

Marquesa. Hay muger mas digna de lástima que yo! (*Apoyada en el sofá.*)

Mauricio. (*Friamente.*) Una palabra, señora marquesa.

Marquesa. Caballero...! (*Con altanería.*)

Mauricio. Señora, ni las grandes esclamaciones, ni los grandes ademanes me asustan. Soy ya machucho, y me las he habido, mas de una vez, con el mismo Napoleon.

Maquesa. (*Mas tranquila.*) Vamos, qué quereis?

Mauricio. Deciros una palabra antes de marcharme. No

creais que voy á hablaros en favor de esa jóven inocente, que en nada ha faltado, pero que pagará con la vida su desgraciado amor, como su infeliz madre...! El cielo me tenia sin duda reservada esta pena mas! No, señora marquesa. Solo vengo á hablaros de vuestro nieto. El pesar le quitará la vida.

Marquesa. Qué decís?

Mauricio. Se la quitará, sí señora. Acordaos de su padre.

Marquesa. A Fernando! A un Villablanca! Pero señor, si esa muchacha tuviese siquiera un asomo de nobleza...

Baron. Y en fin, si se muere cómo ha de ser. La marquesa tiene razon... Un Villablanca no debe degradarse hasta ese punto.

Marquesa. Callad vos, infame! Vos sois la causa de todo. (*Colérica.*)

Baron. Yo!

Marquesa. Sí, vos: vuestros malos ejemplos han echado á perder al pobre Fernando. Creeis que se me han olvidado vuestras calaveradas, vuestras trapisondas de cuando erais jóven? Creeis que se me ha borrado de la memoria el escandaloso lance que tuvisteis bajo el nombre de Faberolles...!

Mauricio. (*Aparte.*) Bajo el nombre de Faberolles?

Baron. (*Asustado.*) Por Dios, mamá; no hableis tan alto. Si os oyese mi muger...! Me habiais prometido...

Marquesa. Es verdad, pero no estoy en mí viendo padecer al pobre Fernando.

Mauricio. (*A la marquesa.*) Corred á hablarle otra vez, todavía me queda una esperanza.

Marquesa. Qué decís?

Mauricio. Sí, estoy casi seguro... pero sin embargo tengo que combinar bien mis ideas...! Señor baron, necesito hablar con vos un momento. (*A la marquesa.*) Dejadnos, dejadnos.

Marquesa. Ah! Mauricio, todos mis bienes serán pocos para recompensaros... (*Vase.*)

ESCENA XV.

MAURICIO. EL BARON. *Aquel va á cerrar la puerta sin hablar palabra.*

Baron. Calla! qué es esto? qué es lo que hace? (*Aparte asombrado.*)

Mauricio. (*Con cólera.*) Con que sois el caballero Faberolles?

Baron. Hombre, lo soy y no lo soy: (*Sonriéndose.*) quiero decir que... en otros tiempos... cuando andaba... por ese mundo... Vaya, que teneis un modo de mirarme...

Mauricio. (*Temblando de cólera.*) Con que sois vos sin duda el que bajo ese supuesto nombre sedujo á una infeliz huérfana...? á la desventurada Enriqueta?

Baron. (*Asustado.*) Callad, por Dios, hombre... si mi muger os oyese...

Mauricio. El que despues de haberla deshonrado... hizo la infamia de abandonarla...?

Baron. Por la Vírgen, doctor...! bajad la voz...

Mauricio. Sin compasion hácia ella ni hácia la infeliz criatura, fruto de vuestro crimen?

Baron. Mas bajo...

Mauricio. Pues sabed que la que acaban de echar de aqui, en vuestra presencia, es la hija de aquella desventurada! es hija vuestra.

Baron. Qué oigo! María...! hija mia!

Mauricio. Sí, tengo en mi poder todas las pruebas... poseo vuestras cartas... puedo perderos.

Baron. Pero hombre, qué interes llevais en que yo...?

Mauricio. Qué interes preguntais...? (*Con firmeza.*) Mirad este rostro pálido y decaido, estos cabellos encanecidos antes de tiempo... deberia aborreceros, deberia mataros...

Baron. Ah! (*Asustado.*)

Mauricio. Sí, deberia mataros, porque por vos he perdido mi felicidad... por vos he vivido veinte años desterrado, sin amigos, sin familia, sin una sola persona que me consolase, y... para probaros que soy

mas noble que vos, si no en el origen, en los sentimientos, en castigo del mal que me habeis hecho, solo deseo la felicidad de vuestra hija.

Baron. Cómo!

Mauricio. Necesito á toda costa su felicidad, y habeis de otorgármela.

Baron. Con mil amores! (*Turbado.*) Sin duda... no deseo otra cosa: desde ahora me encargo de ella si quereis.

Mauricio. No basta eso.

Baron. Aseguraré su bien estar para mientras viva.

Mauricio. No lo admito! Dinero y siempre dinero...! Lo que yo os pido es su felicidad...! Cuántas veces quereis que os lo repita?

Baron. Pero en fin, qué exiges de mí?

Mauricio. Que vuelva á ser admitida en vuestra casa, de donde ha sido echada ignominiosamente... que entre en ella como dueña y señora... que se case hoy mismo con el que ama, ó de lo contrario publico que es hija vuestra...

Baron. Cielos santos! Que se casen? facilito es eso... os parece que no hay mas que decirlo...

Mauricio. Pues no hay otro remedio...

Baron. Pero, señor, cómo...

Mauricio. Poco me importa el cómo; lo que yo necesito es que termineis este asunto ahora mismo. Pero aguardad... (*Como ocurriéndole una idea.*) habia olvidado... mejor será... sí... el papel de María... el cielo me le ha deparado...! (*Corre á la puerta de Fernando.*) Señora marquesa, señora marquesa...! No hay que hablar mas de este asunto. (*Al baron.*) Ya los podeis dar por casados. Lo único que necesito ahora es que apoyeis lo que yo diga á la señora marquesa.

Baron. Pero qué la vais á decir?

Mauricio. Ahora lo sabreis.

Baron. Y me guardareis el secreto?

Mauricio. Veremos. (*Va á la puerta de Fernando.*) Señora marquesa, señora marquesa.

ESCENA XVI.

DICHOS. LA MARQUESA. *Poco despues* LA BARONESA *y* FERNANDO.

Marquesa. Qué hay?

Mauricio. Vuestro nieto se ha salvado.

Marquesa. Salvado! ah! doctor mio! (*Abrazándole.*)

Mauricio. Recordad la promesa que me habeis hecho hace un instante... Con tal que tenga siquiera un asomo de nobleza...

Marquesa. Sin duda...

Mauricio. La hija de un baron, os conviene...?

Baron. Asesino, (*Aparte, y viendo entrar á su muger.*) qué vas á decir!

Marquesa. La hija de un baron...! Pues qué... es otra boda...?

Mauricio. Tal vez.

Marquesa. Pero y Fernando?

Mauricio. Consentirá.

Marquesa. Y la novia?

Mauricio. Corre por mi cuenta.

Marquesa. Esplicaos.

Mauricio. No tengo tiempo. (*Con precipitacion.*) No salgais de aqui, y mandad que venga vuestro hijo. Yo estoy de vuelta al momento... en cuatro brincos... Ya sabeis lo que os he dicho... se ha salvado... (*Vase corriendo.*)

Baron. Deteneos Mauricio... (*Aparte.*) Inicuo! ahora sí que no escapo, y se me va á declarar la enfermedad interna.

Marquesa. Qué significa todo esto?

Baronesa. Baron, lo sabeis vos...?

Baron. Hablais conmigo... Yo? no, qué disparate...! (*Turbado.*) es decir... algunas palabras sueltas... pero no creais... como iba tan precipitado... y ya se ve, como él decia... Estratonice...! Vamos, ya no sé lo que me digo. (*Aparte.*)

Marquesa. (*Viendo salir á su nieto.*) Fernando! Ven, ven, hijo mio, todo lo he olvidado! Bien te decia yo que tuvieras confianza... vas á ser feliz.

Fernando. Qué decís?

Marquesa. La verdad! Mauricio ha encontrado un medio... otra boda...

Fernando. Nunca!

Marquesa. Él responde de todo! Aqui viene.

Baron. (*A la baronesa.*) Amiguita, ahora mismo nos vamos á nuestra hacienda de Brianne.

ESCENA XVII.

DICHOS. MAURICIO, *que trae á* MARÍA *de la mano.*

Mauricio. Vamos, no tengas miedo! Te repito que estás en tu casa.

Maria. Nunca tendré valor... (*Bajo.*)

Todos. María!!

Fernando. María...! (*Alegre.*)

Marquesa. Otra vez... (*Con altanería.*) Venís á burlaros de mi cólera?

Mauricio. No señora. Vengo á presentaros á la hija del baron...

Baron. (*Interrumpiéndole.*) Señor Mauricio...!

Mauricio. A la hija del baron Auvray, inspector general de los hospitales militares de Jáffa.

Todos. Auvray!!

Mauricio. Soy yo, caballero. (*Al baron.*) Y esta mi hija adoptiva. (*Señala á María.*)

Maria. Qué! Señor Mauricio...!

Mauricio. Sí... (*La estrecha en sus brazos y mira al baron.*) mi hija.

Baron. Ah! ya respiro. (*Aparte.*)

Fernando. Auvray!

Marquesa. Con que sois baron?

Mauricio. Por la gracia de Dios, y del emperador, señora. Ya no me acordaba de este título, y como Gil Blas lo tenia olvidado en el fondo de un cajon creyendo que no me serviria para nada, pero si puede labrar su felicidad... (*Por María.*)

Marquesa. Nobleza del imperio...! (*A la baronesa.*)

Mauricio. Que solo necesita envejecer unos quinientos años para dejarse atras á las otras.

Fernando. Madre mia... dudareis todavía...

Marquesa. No. (*Abre los brazos á María.*) Ven, ven á mis brazos, hija mia!

María. Ah! (*Se arroja á sus pies.*) Señora!

Fernando. Madre mia! (*Besándola la mano.*)

Mauricio. Pues señor, no nos ha costado poco trabajo... y gracias á que Napoleon ha andado por medio.

Baron. Uff! He pasado unos miedos... (*Aparte.*)

Baronesa. (*A María.*) Ven aqui, picaruela! (*La abraza.*) Oh! vas á ser una marquesa hechicera.

Marquesa. Y ahora? estarás mejor, hijo mio?

Fernando. Oh! Sí, mamá! (*Alegre.*)

Marquesa. Vais á burlaros de mí; (*Mira á María.*) pero se me figura que María se da ya un aire á la familia; tiene todo el corte de cara de los Villablancas.

Baron. Por supuesto. (*Mirándola bien.*) Amigo mio, yo no puedo mas; es preciso que la dé un abrazo. (*Ap.*)

Mauricio. (*Bajo.*) Teneis mucha gana? Pues aguardad. (*Alto.*) Supongo, María, que ya serás feliz...! No abrazas á tu padre?

María. Ah, padre mio! (*Le abraza.*) Es verdad que nunca me abandonareis? que siempre viviremos juntos?

Mauricio. Sí, sí, hija querida! (*La abraza.*) Es mi única venganza. (*Bajo al baron.*)

Baron. Es justa aunque cruel. (*Le da la mano.*) Sois un escelente hombre, doctor, me habeis dejado muy contento.

Mauricio. Pobre Enriqueta! (*Alzando los ojos al cielo.*) Espero que tú tambien lo estarás.

~~FIN DE LA COMEDIA.~~

María.

Con extraña ansia
aguardo cuestra con tenencia
te reconozcas a ella
cuidalme cuestra in dulgencia.

Esta traduccion es la que se ha representado con aplauso en Madrid en el teatro del Príncipe.